

EIR

RESUMEN EJECUTIVO

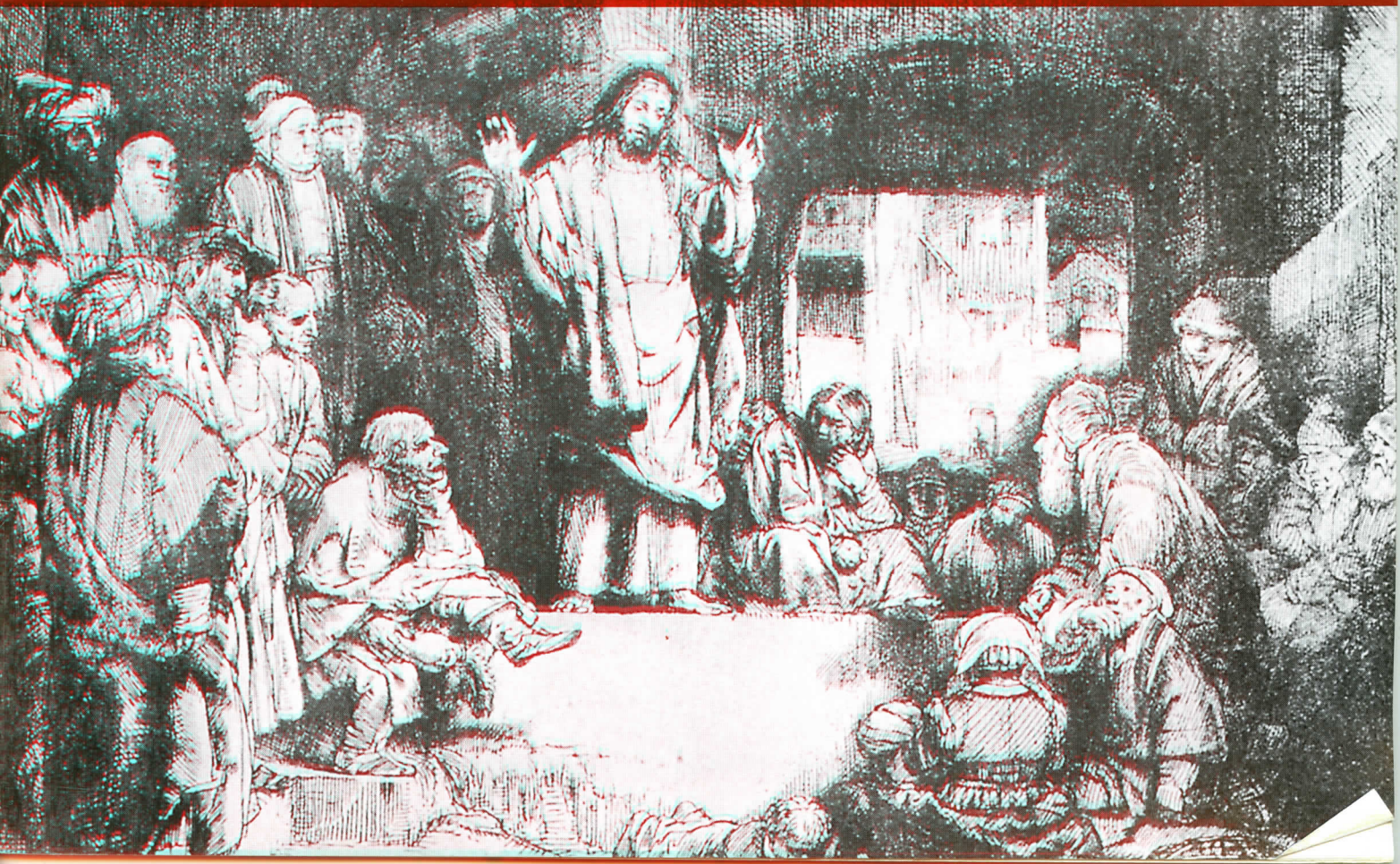
Segunda quincena de noviembre de 2000

Vol. XVII, núm. 21

La internacional de las FARC se extiende por
Iberoamérica

LaRouche en Neuquén: Argentina necesita el
Nuevo Bretton Woods

Lyndon LaRouche:
'Jesucristo y la civilización'



Jesucristo y la civilización

por Lyndon H. LaRouche

22 de septiembre de 2000

Creo que mis informes anteriores los han preparado para enfrentarse ahora con el que será para muchos el hecho más importante y, a la vez, el más asombroso que la mayoría de la gente, incluida la mayoría de mis lectores habituales, tiene aún que enfrentar.

Como lo he advertido repetidamente a últimas fechas, los sucesos han llegado ya al punto al que advertí que llegarían *a menos* que se instituyesen ciertos cambios específicos. A pesar de mis repetidas advertencias sobre la necesidad de darle marcha atrás a las medidas que crearon este peligro, la negativa de los gobiernos, entre otros, a oír mis advertencias ha conducido a los Estados Unidos a la fase final del hundimiento financiero mundial ya en marcha. Peor todavía, este hundimiento amenaza ya con sumir a la civilización mundial en una *inminente* era de tinieblas para toda la humanidad.

En informes anteriores, he recalcado las cuestiones más obvias e inmediatas que se deben encarar para que haya una recuperación siquiera temporal de la civilización. Ahora, supongamos por un momento que, aun cuando mi propuesta de un Nuevo Bretton Woods se tornará más drástica conforme empeore la crisis financiera, esas enérgicas medidas se adoptan y ponen en vigor, aun en esta fecha tan tardía, y que, con ello, la mayor parte del mundo pronto esté camino a la recuperación, como se recuperó de los efectos combinados de la Gran Depresión y la gran guerra consiguiente, bajo el liderazgo del presidente Franklin Roosevelt.

Supuesto lo anterior, pasemos a los aspectos más profundos, de largo alcance y esenciales del problema. Consideremos el hecho de que la historia que conocemos actualmente ha estado dominada por ciclos de hundimiento y, a veces, en el mejor de los casos, de recuperación. Por tanto, ¿cómo podemos estar seguros de que, aun si, con las medidas que he propuesto, rescatamos a la humanidad de los efectos del hundimiento financiero y monetario mundial que se nos viene

encima, nuestra así resucitada civilización no comenzará a resbalar de nuevo, dentro de una generación o dos, a una nueva fase de ruina, tal vez hasta peor que la que nos amenaza en estos momentos, de la que serían víctimas nuestros hijos o nietos?

Las dos cuestiones así identificadas y planteadas se enlazan con una tercera consideración que sobrepuja a las demás. ¿Será posible que hasta para dominar la crisis financiera inmediata se necesite que ahora mismo demos pasos para dominar la amenaza, más distante, de una nueva era de tinieblas? En otras palabras, aunque he mostrado cómo se puede recuperar el mundo de la ruina financiera general que lo azota actualmente, tal vez el mundo no adopte la opción que he ofrecido. ¿Hay entonces alguna enfermedad más profunda y de mayor alcance en las actuales instituciones dirigentes del mundo que, como parece probable en estos momentos, impide que el mundo acepte tal programa de recuperación viable y de corto plazo?

Por consiguiente, a continuación expongo el razonamiento que vincula las dos cuestiones, la crisis inmediata y los tiempos por venir. Las expongo como si fueran un asunto único e indivisible. Una vez que haya dicho lo necesario, le dejaré a la conciencia del lector estimar si aun la mera existencia actual de nuestra civilización depende o no de resolver esa preocupante dificultad de más largo plazo. Esto querría decir que, al menos, adoptemos la resolución eficientemente consciente de resolverlo, en medida significativa, en el curso de una generación o poco más.

Con eso en mente, situaré el tema de hoy, reiterando primero, en forma sumaria, la tesis general que acabo de exponer. Replantearé como sigue el problema que acabo de esbozar.

Para decirlo tajantemente: “¿Cuáles son las posibilidades de que la mayor parte de la humanidad pueda escapar de la era de tinieblas que se nos viene encima, aun si los Estados Unidos eligiesen como su próximo presidente a un personaje tan completamente defectuoso, en lo moral y en lo intelectual,



“Jesus y sus discípulos camino a Emmaus,” por Peter Bruegel el Viejo, 1571. LaRouche dice: “Sin el cambio revolucionario que en las creencias religiosas creó Cristo y difundieron los apóstoles cristianos y los mártires, la creación de la forma soberana moderna del Estado nacional no hubiese sido posible.”

como el vicepresidente Al Gore o el gobernador George W. Bush?”

No malinterpreten la pregunta. No estoy suponiendo ninguna potencia temible, ni para bien ni para mal, en ninguno de esos dos candidatos, en tanto personas. Esencialmente, no son más que marionetas de la casta rectora de Wall Street, que ha seleccionado a tales individuos, intelectual y moralmente lisiados, para servir de únicos candidatos principales disponibles, una selección perversa de dos maniqués de acuerdo con las intenciones peculiares de esa casta. La dificultad para encontrar cualquier punto de genuina diferencia de principio entre los elementos de esta pareja, Tweedledee y Tweedledum, es, en sí misma, la característica más significativa de cada una de las candidaturas. Son sus cualidades comunes, o mejor dicho, la carencia común de cualidades, lo que refleja la codicia con que Wall Street los escogió como marionetas para la ocasión.

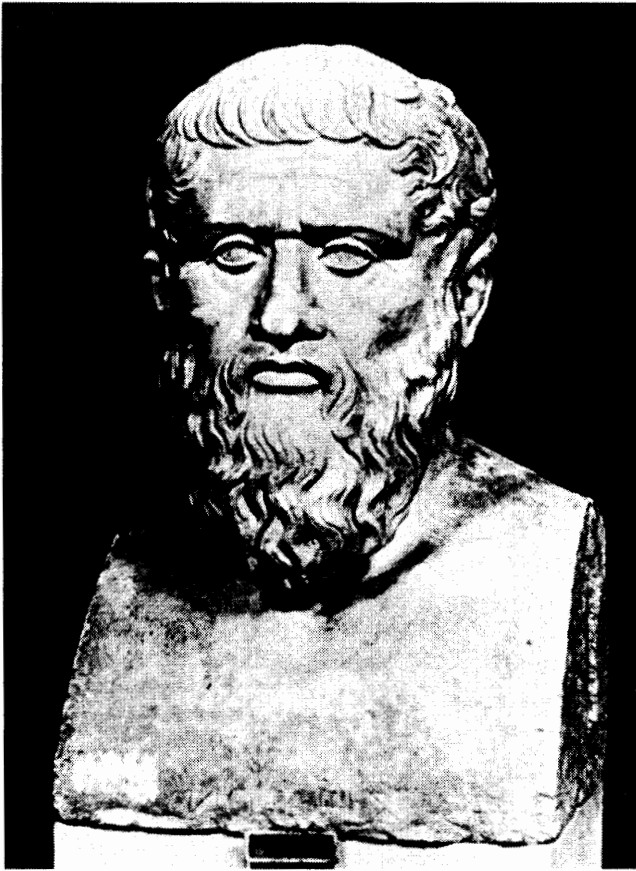
Sin embargo, precisamente por esa razón, de que cada uno sea prácticamente un candidato que representa menos que nada, la oferta nos anticipa qué tipo de gobierno pretende instalar esa casta el próximo enero de 2001. Esto a su vez nos habla, implícitamente, de qué tipo de medidas y cosas semejantes se pretende que siga en el cargo cualquiera de los dos maniqués. Así que la importancia de ambos candidatos es que, sobre todo en las presentes condiciones de crisis mundial acelerada, ninguno de los dos brutos chapuceros es capaz de ser presidente en ningún sentido significativo de congruencia con el propósito de nuestra Constitución, aun incluso en el remotísimo caso de que se inspirase, de la forma más milagro-

sa, a intentar tal curso de acción.

La obvia intención implícita de la oligarquía financiera que escogió a tales candidatos es que, en las circunstancias de la actual crisis financiera en marcha, los Estados Unidos sigan el camino que les dicte la misma oligarquía financiera de Wall Street que respaldó a Adolfo Hitler para Alemania en 1933–1934, en vez de la tradición de presidentes como Franklin Roosevelt. Leyendo la historia de la Alemania de 1932–1945, surge la pregunta: ¿quién es más bruto, cualquiera de estos dos candidatos o los ciudadanos que voten por alguno de ellos?

Si se escoge a cualquiera de ellos, es probable, aunque no absolutamente inevitable, que los Estados Unidos no sobrevivan los años por venir en una forma reconocible. Ahora es el momento de recordar que a fines de enero de 1933 las instituciones pertinentes de Alemania eligieron cualidades irracionales y fanáticas de liderazgo filosóficamente afines al Gore y el Bush de hoy día; vean lo que sucedió como resultado de esa elección.¹ Un desastre semejante, probablemente más rápido que el que azotó a la Alemania de 1933–1934, podría

1. Los hechos pertinentes no permiten el intento de explicar los casos de Benito Mussolini o Adolfo Hitler como genios malignos. Hay que verlos en la tradición de emperadores romanos como Calígula, Nerón y Caracalla, cuyas horribles atrocidades reflejan no su fortaleza intelectual, sino más bien la carencia de ésta. En reveladores momentos de crisis, los dos demostraron su pusilanimidad. La amenaza que representaron tenía más de la naturaleza de un virus, que de la de un intelecto. Lo que hace de un gobernador Bush o un vicepresidente Gore una amenaza tan seria a la nación no es lo tienen dentro, sino más bien lo que no tienen.



El rasgo más distintivo y esencial de la cultura griega clásica, se encuentra "en el testimonio de la transformación del concepto de la naturaleza del hombre, desde las épicas homéricas hasta los escritos y hechos de Platón."

azotarnos ahora, a menos que muchos ciudadanos estadounidenses cambien repentinamente y drásticamente sus procedimientos presentes. ¿Podría sobrevivir la mayor parte del resto del mundo en las condiciones implícitas en una presidencia de Gore o de Bush? Muchos círculos dirigentes de todo el mundo discuten tales contingencias en estos momentos.

En otras palabras, cuando apenas se reavivaba el poder de Alemania, temporalmente, bajo el régimen de Hitler, el efecto de esa recuperación económica temporal, en las condiciones del fascismo, llevó a Alemania a una crisis mucho peor, menos de una generación después de que los banqueros de Londres y Nueva York pusieran a Hitler en el poder.

Así que, como dije, le dejo a la conciencia del lector estimar si la supervivencia de la civilización planetaria es o no escasamente posible con las presentes tendencias políticas en los Estados Unidos, aun si semejante solución no parece probable desde que el decreto de los órganos noticiosos de Wall Street prácticamente amarró la candidatura presidencial de Gore, hace unos meses. Para evaluar las posibilidades, consideremos, en forma sumaria, los puntos culminantes de la civilización europea en los más o menos 2.500 años que

lleva de existir. Algunos hechos centrales de esa historia son claramente pertinentes para el ciudadano pensante de los Estados Unidos u otras naciones hoy día; son hechos históricos esenciales para descubrir la respuesta a las preguntas que acabo de replantear.

Una vez más, al abordar estas cuestiones, como lo hago aquí en las páginas siguientes, las respuestas se podrán hallar únicamente definiendo de manera apropiada tanto las preguntas como los indicios de su solución. La clave de todo conocimiento semejante yace en la definición apropiada de la calidad universal de la naturaleza humana, como algo distinto de la de todas las otras formas de vida.

Como lo implican tales interrogantes, este informe va dirigido no sólo al pueblo de los Estados Unidos, sino también al de toda América, el de Europa en general, y como un rasgo integral, eminentemente práctico y urgente del propuesto diálogo mundial más amplio entre las culturas del que habló públicamente el honorable presidente de Irán en varias ocasiones recientes.

Al final, el lector reconocerá que el punto medular que explicó en la sección apropiada de las páginas siguientes es, como se dice a veces a medios académicos, "materia difícil", quizás más allá de la fácil comprensión de la mayoría de los vivos hoy día. No obstante, demostraré dos cosas aquí, puntos urgentes para la práctica inmediata de la formulación de política entre aquellos calificados para ser líderes en estos tiempos de crisis, puntos supremamente prácticos que no pueden presentarse de otra forma.

Procedo, por tanto, paso a paso, para construir el razonamiento que debe informar ahora la práctica del lector.

1. La historia de acuerdo a Platón

La arqueología moderna sustenta el relato sumario de Platón de la existencia temprana de la humanidad, previa al surgimiento de la Grecia Clásica.² Una vez que aplicamos a la arqueología ese principio que pone a la humanidad aparte y por encima de todas las otras especies vivas, podemos fechar y clasificar positivamente como humanos los sitios antiguos

2. Platón, *Timeo*. Critias le relata a Sócrates y sus amigos una historia que le contó su abuelo, que hablaba de que "las realizaciones de la ciudad en otros tiempos, ahora olvidados por el paso del tiempo y la destrucción de vida humana, fueron grandes y maravillosas". El abuelo le contó del encuentro de Solón, el gobernante de Atenas, con un sacerdote muy anciano, el cual le dijo a Solón que los griegos son como niños, pues no poseen "una vieja creencia arraigada en tradiciones antiguas ni conocimiento alguno pulido por el tiempo". El sacerdote le dijo al asombrado Solón: "Ustedes recuerdan un solo diluvio en la Tierra, aunque hubo muchos. Más aún, desconocen el hecho de que la raza más fina de hombres vivió otrora en su tierra y que ustedes y toda su ciudad derivan de un pequeño residuo de su simiente. Lo han olvidado porque, por muchas generaciones, los sobrevivientes murieron sin dejar nada escrito". El sacerdote pasa a explicar que "el actual orden civilizado en nuestra parte del mundo", según textos sagrados, se fundó hace 8.000 años. Pero ya hace 9.000 años hubo una cultura con muchas realizaciones, incluida la navegación transatlántica. (El *Timeo* fue traducido al inglés por un equipo de colaboradores de LaRouche y publicado en *The Campaigner* en febrero de 1980.)

pertinentes. La respuesta a la pregunta del caso es: *se los puede reconocer como humanos a condición de que estén ligados a artefactos que únicamente pueden derivarse de los efectos de lo que llamamos hoy día tecnologías generadas por descubrimientos de principios físicos universales*. Desde ese punto de vista, podemos remontar positivamente la existencia humana en el territorio de Europa a hace cuando menos varios cientos de miles de años, y podemos sospechar el hallazgo de indicios de una era mucho más temprana en partes de África que presumiblemente no sufrieron los efectos de los largos períodos de glaciación que ocuparon mucho del hemisferio norte.

Esto plantea la interrogante implícitamente señalada por Platón: “¿Por qué muchas de esas culturas de cientos de miles de años atrás desaparecieron, y a dónde fueron, a menudo casi sin dejar rastro?”

A revisar los aspectos esenciales del asunto que más tienen que ver con el asunto presente, va dirigido lo que sigue.

Basado en fuentes egipcias, Platón da dos respuestas a esa interrogante. La primera causa del desvanecimiento de culturas enteras han sido catástrofes naturales de un género que la humanidad todavía no es capaz de controlar. La segunda es el hundimiento de pueblos enteros, como la antigua cultura mesopotámica, provocado por un rasgo autodestructivo intrínseco de la cultura misma.³ A este último respecto, la mayoría de las culturas antiguas que hemos podido identificar fueron las que se hundieron en una prolongada era de tinieblas acarreada por un rasgo interno característico y dominante de esa misma cultura. Ha habido, después de todo, culturas moralmente inferiores, muchas de las cuales provocaron su propia destrucción precisamente por esa razón.

En la segunda de las clases de desastres que refiere Platón, la de las catástrofes culturalmente inducidas, tenemos el repetido ascenso y caída de culturas en el este y el sur de Asia; tenemos a Alejandro, que derribó al corrupto Imperio Persa, maduro para su propia destrucción; y tenemos la acelerada degeneración moral y cultural y el hundimiento del Imperio Romano a partir de su propia putrefacción moral e intelectual sistémica interna, primero en Occidente y más tarde en Bizancio. La cuestión hoy día, como la plantean las pautas de cambio que se han vuelto características de los últimos cien años, desde el ominoso asesinato del presidente de los Estados Unidos William McKinley, en 1901, es si la forma existente de civilización europea extendida se dirige o no hacia un hundimiento general del segundo tipo que identifica Platón.

Por todo lo que sabemos actualmente, la humanidad ha

3. Durante mi visita a Irak, en abril de 1975, y enseguida de ella, reflexionando en mis estudios de los cincuenta sobre la arqueología de esa región, comenté sobre qué tanto ha caído la región desde la época del célebre califa Haroun al Rashid. Tales son las tristes evidencias del surgimiento y la caída de civilizaciones pasadas.

trastabillado en esta forma sobre este planeta por cientos de miles, quizá incluso millones de años. Esta pauta predomina a lo largo de la historia y la prehistoria conocidas, hasta el cambio cualitativo, el cambio revolucionario para bien que hizo erupción a partir de mediados del siglo 15 en Europa, durante lo que ha venido a conocerse como el Renacimiento de Oro. (Véase **gráfica 1**.) El Renacimiento del siglo 15 no sólo desató dentro de su propia región una mejora de las condiciones de vida de la humanidad que fue cualitativamente más allá de cualquier cosa que nos revelen los indicios de épocas anteriores; la diseminación de las ideas asociadas con ese Renacimiento le otorgó a toda la humanidad igual derecho a acceder a los medios para efectuar adelantos equivalentes en las condiciones de vida del mundo en su totalidad.⁴

El Renacimiento de Oro no brotó como si surgiese de la frente de la antigua diosa egipcia que los griegos llamaron Atenea. Fue fruto de cerca de 2.000 años de historia de la civilización europea, desde la revolución de Solón en Atenas, y de al menos varios miles de años previos, representados en el conocimiento acumulado de más de 2.000 años de probables altibajos del progreso del antiguo Egipto, desde una época mucho muy anterior a la de la construcción de las grandes pirámides.

Dado ese resumen, regresamos a la médula del argumento que se presenta en este informe.

Tomando en su conjunto los recientes 2.500 años de crecimiento de ese hijo adoptivo de Egipto, *el nacimiento y desarrollo de la civilización europea hoy extendida por el mundo se entiende por los tres hitos más grandes de toda su historia*: la consolidación del desarrollo de la cultura clásica griega en torno a la figura central de **Platón**, el ministerio y la Crucifixión de **Jesucristo**, y el **Renacimiento de Oro**. Sin esos tres adelantos revolucionarios, Europa y su civilización ni siquiera hubiesen llegado a existir, ni ésta hubiese cobrado la importancia dominante que ha alcanzado en el planeta desde el gran concilio ecuménico de Florencia, de mediados del siglo 15.

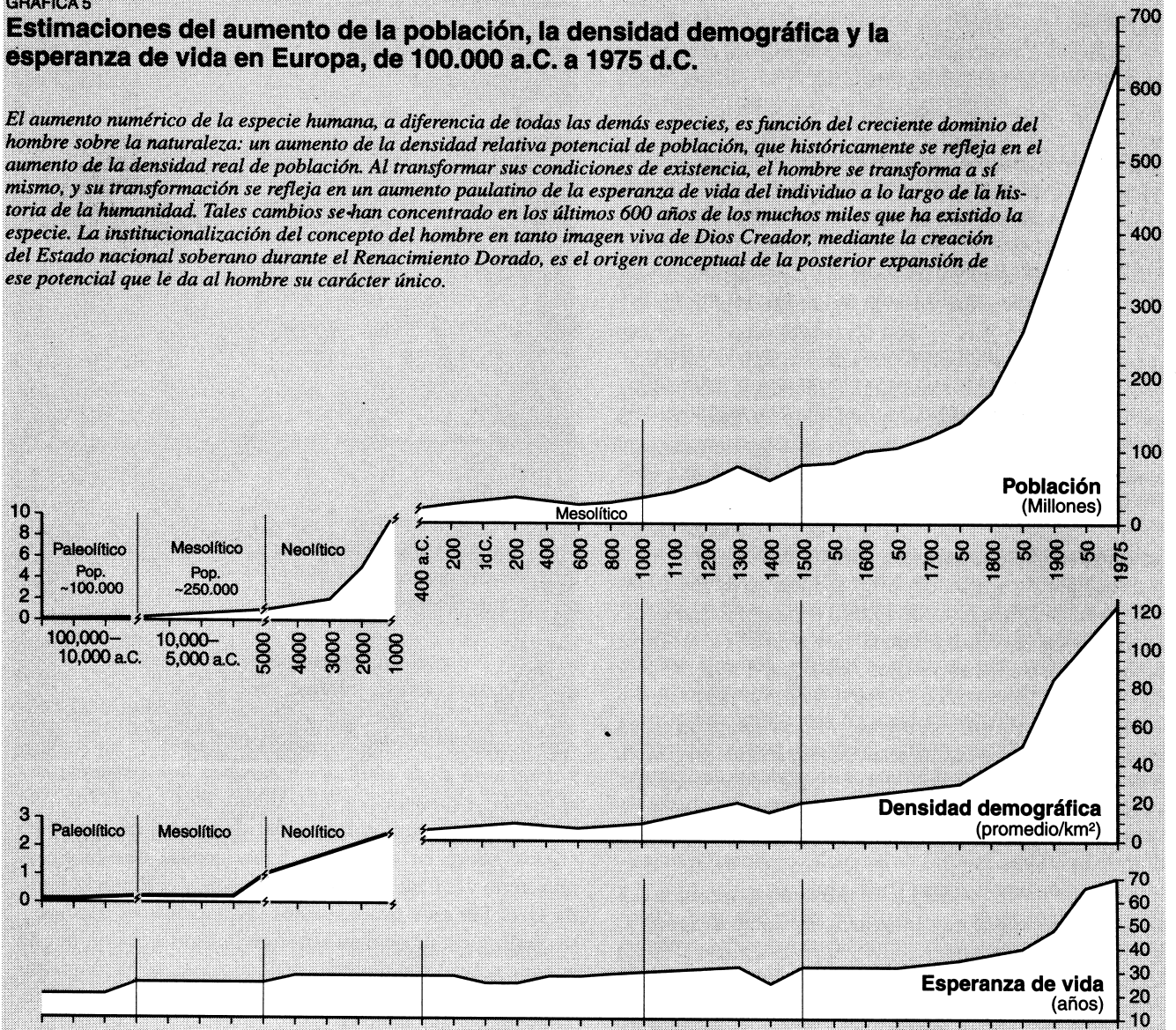
Las cualidades esenciales de cambio en la historia del mundo desde el siglo 15 han estado dominadas, crecientemente, por un conflicto continuo entre el desarrollo interno de este legado renacentista, y los desórdenes morales endémicos que se han vuelto característicos de la presente forma extendida de civilización europea. Es decir, que a causa del poder superior intrínseco de la revolución cultural lanzada por el Renaci-

4. Fueron Nicolás de Cusa y sus colaboradores quienes respondieron a la caída de Constantinopla organizando viajes ecuménicos hacia las aguas al oriente y el occidente del Imperio Otomano. Desde entonces, los mentirosos han perpetrado fraudes en el esfuerzo de negar y ocultar la evidencia documentada que muestra los medios por los cuales Cristóbal Colón recibió los mapas y otra ayuda técnica en navegación de parte de Toscanelli, asociado de Cusa, y el apoyo que lo llevó a redescubrir las Américas. La colonización inglesa de América del Norte, ejemplificada en sus inicios por la fundación de la colonia de la Bahía de Massachusetts, fue producto de la misma política que lanzaran anteriormente Cusa y sus círculos.

GRAFICA 5

Estimaciones del aumento de la población, la densidad demográfica y la esperanza de vida en Europa, de 100.000 a.C. a 1975 d.C.

El aumento numérico de la especie humana, a diferencia de todas las demás especies, es función del creciente dominio del hombre sobre la naturaleza: un aumento de la densidad relativa potencial de población, que históricamente se refleja en el aumento de la densidad real de población. Al transformar sus condiciones de existencia, el hombre se transforma a sí mismo, y su transformación se refleja en un aumento paulatino de la esperanza de vida del individuo a lo largo de la historia de la humanidad. Tales cambios se han concentrado en los últimos 600 años de los muchos miles que ha existido la especie. La institucionalización del concepto del hombre en tanto imagen viva de Dios Creador, mediante la creación del Estado nacional soberano durante el Renacimiento Dorado, es el origen conceptual de la posterior expansión de ese potencial que le da al hombre su carácter único.



Todas las gráficas se basan en estimaciones compiladas de acuerdo a las escuelas demográficas existentes. Ninguna pretende ser más precisa que las de referencia; sin embargo, la escala normaliza variaciones que podrían tener alguna importancia local o temporal, reduciéndolas todas a la serie de cambios cuya importancia es independiente de la calidad de las estimaciones y la escala de las gráficas.

Fuentes: para población y densidad demográfica, *Atlas of World Population History*, de Colin McEvedy y Richard Jones; para esperanza de vida, diversos estudios histórico-demográficos. Deben tenerse en cuenta las discontinuidades y cambios de escala que se indican.

miento del siglo 15, el poder de la civilización europea, para bien o, demasiado a menudo, para mal, emergió como el rasgo más característico de las diferentes corrientes culturales en este planeta desde entonces. De aquí que, en ese sentido, y por esa razón, la historia moderna ha sido esencial y crecientemente, la historia de una forma moderna extendida de civilización europea.

Con relación a los puntos que acabo de identificar, hay ciertas cosas que debo decir aquí, no sólo porque son verdaderas, sino porque, por diversos motivos artificialmente desen-

caminados de otras autoridades, no era probable que se publicaran, hasta ahora, en esta forma, por ninguna otra fuente viva, aun de entre aquellas autoridades pertinentes que pudieran coincidir en privado con mis argumentos. Conforme lea las páginas siguientes, el lector deberá poder entender por qué ciertas otras fuentes importantes han sido renuentes a señalar públicamente ciertos aspectos cruciales del informe que presento aquí y ahora.

Los problemas internos del cristianismo moderno están entre los asuntos delicados que deben tocarse aquí, aun a

pesar de las razones de la renuencia de otras autoridades sobre este tema.

Dado que la civilización, atrapada en estos momentos por una crisis existencial planetaria, ha sido, predominantemente, una civilización europea extendida que es, al menos nominalmente, cristiana, no puede haber un examen competente de la crisis actual que no aborde y responda a la interrogante que sigue a continuación. Así, ningún pensador estratégico honrado y competente puede eludir la cuestión del cristianismo mismo.

Por la razón anterior, así, el hecho de la presente crisis, con su amenaza inherente de hundimiento del planeta en una nueva edad de tinieblas para toda la humanidad, debe verse, al menos en la superficie de las cosas, como reflejo de una falla interna del cristianismo organizado en su forma presente. El informe reciente del Vaticano sobre la Tercera Carta de Fátima apunta a ese problema, y, como verá el lector en su momento, ese informe responde la pregunta, al menos implícitamente, y creo yo, apropiadamente, al menos a un grado significativo, y es preciso hasta donde llega.⁵ Sin embargo, para evitar un engaño mortal en la evaluación, un estudio más adecuado de la presente crisis existencial de la civilización mundial debe hacer otras muchas consideraciones que no toma en cuenta explícitamente el informe del Vaticano, como lo hago yo en secciones apropiadas del presente informe.

Además de los tres grandes hitos que ennumeré arriba, el suceso positivo más significativo de la historia europea desde el Renacimiento de Oro, fue la victoria inicial (1776-1789) de la Revolución Estadounidense sobre su principal adversario, la monarquía del Imperio Británico, una monarquía que ha asumido en el mundo en general un papel inspirado en el del poder oligárquico financiero de la Venecia de Pietro Pomponazzi y Paolo Sarpi, una Venecia de cuyos contaminadísimos canales fue vomitada esa monarquía originalmente.⁶

Desde el tirano Guillermo de Orange y la posterior ascensión de Jorge I al recién creado trono británico, el conflicto continuo entre la tradición intelectual de la Revolución Estadounidense y nuestro principal adversario, el imperio de la monarquía británica, ha sido la fuente característica de todos

los principales desórdenes internos y de las guerras extranjeras sufridas por los Estados Unidos desde entonces. Desde 1789, este conflicto entre la tradición intelectual estadounidense y la influencia de la monarquía británica, se ha convertido en el rasgo determinante de todos los acontecimientos principales de la historia mundial.

Es a causa de la superioridad moral e intelectual de los rasgos de la cultura europea representados por todos los logros reales de la tradición intelectual estadounidense, que los Estados Unidos emergieron, con la victoria del presidente Lincoln sobre esa marioneta de la monarquía británica que fue la Confederación, como la nación más poderosa del mundo.

Desde el comienzo de la colonización europea de América, los pensadores más avanzados en la ciencia, el arte y la filosofía han sido, con muy raras excepciones, europeos continentales, no británicos ni estadounidenses. Sin embargo, a causa de los efectos de la aparición del poder oligárquico financiero angloholandés, a principios del siglo 18, y sucesos semejantes subsecuentes, como el Terror Jacobino orquestado por Londres de 1789 a 1794, la tiranía fascista de Napoleón Bonaparte, y el Congreso de Viena, las fuerzas patrióticas de la Europa continental habían quedado en minoría en el ámbito general de la ciencia y la filosofía del continente en su conjunto, así como en la política. Por esa razón, desde el comienzo de la colonización europea de América, con raras excepciones como el propio Benjamín Franklin, la calidad de liderazgo intelectual del que ha dependido el progreso de los Estados Unidos la ha aportado esa minoría específica de grandes intelectuales de Europa partidarios de la Grecia Clásica, muy a menudo de Francia, Alemania e Italia.

Ciertamente, puedo informar, desde mi favorable condición de observador cercano de las personas y hechos pertinentes, que, todavía hoy, cuando la Europa continental ha sido reducida, por las decisiones angloamericanas de 1989 a 1992, a una virtual satrapía del poder oligárquico de habla inglesa, los principales círculos intelectuales de la Europa continental, incluidos los de la Rusia actual, aunque representen excepciones incluso dentro de sus propias naciones, son de una calidad intelectual superior en general a la encontrada normalmente aun entre los estadounidenses de mejores cualidades morales e intelectuales. Irónicamente, la ventaja política estadounidense, hasta entre nuestros típicos patanes, es la calidad de decisión estratégica que exudan, entre otros, los principales círculos oligárquicos de Wall Street. El que los estadounidenses se sientan una potencia política respecto a las cuestiones del mundo en general se basa en el sentir que poseen un poder político relativamente superior que se extiende mundialmente, mientras que los europeos, repetidamente aplastados por la combinación de las dos guerras mundiales y una prolongada ocupación angloamericana, tienden a sentirse meros sátrapas de un poder dominante oligárquico angloamericano. Por otra parte, moralmente, esos estadounidenses son, con raras excepciones, moral e intelectualmente inferiores a los mejores círculos dirigentes de la Europa continental.

5. La declaración de la Congregación de la Doctrina de la Fe se puede hallar en http://www.vatican.va/roman_cur./rc con faith doc 20 000626 message-fatima en.htm. Véase también Lyndon H. LaRouche, Jr., "Call Them the 'Baby Doomers,'" *EIR*, 21 de julio de 2000, p. 36, y Helga Zepp-LaRouche, "La profecía de Fátima: llamada al arrepentimiento", *Resumen Ejecutivo*, Vol. XVII, núm. 15, Primera quincena de agosto de 2000.

6. El mortalista Pomponazzi fue elemento central del lanzamiento del antirrenacimiento del siglo 16; fueron esos círculos venecianos los que orquestaron la toma de las riendas del rey Enrique VIII por parte de Venecia. Paolo Sarpi, de Venecia, el fundador del empirismo moderno y amo intelectual de personajes del siglo 16 como sir Francis Bacon y Tomás Hobbes, puso en marcha la Guerra de los Treinta Años de 1618-1648, y preparó el camino para la consolidación de la influencia veneciana sobre las monarquías inglesa y británica, comenzando la tiranía de Guillermo de Orange.

Habida cuenta de esa salvedad, por la mayor parte de los casi ciento cuarenta años transcurridos desde la gran victoria del presidente Lincoln para la civilización en su totalidad, los Estados Unidos no han sido inferiores en poder mundial a ninguna otra nación, sino únicamente, durante algunos prolongados intervalos, al concierto de fuerzas conducidas por el Imperio Británico y sus secuaces. Así, en ese sentido y a ese grado, la lucha dentro de los Estados Unidos para liberarlos de la traicionera influencia de la llamada tradición de la "Ilustración" del siglo 18, criatura de la monarquía británica,⁷ ha sido la gran pelea por el alma de los Estados Unidos. Esta lucha ha sido, y sigue siendo hoy día, el factor estratégico más decisivo en el troquelado de la historia del mundo en los últimos dos siglos, desde la caída de la primer tiranía fascista moderna, la del personaje romántico Napoleón Bonaparte. Después de todo, los estadounidenses somos predominantemente europeos, incluidos nuestros negros, representantes, esencialmente, de la civilización europea moderna extendida por el mundo. Siempre que alguno intenta negar ese hecho esencial, la locura, por lo común de una clase peligrosa, se desata entre nosotros.

No obstante, a pesar de la tendencia que se ve hasta entre la mayoría de los estadounidenses decentes a las tosquedades morales e intelectuales, más que al contrario, el sistema americano en sí mismo es el mejor sistema político del mundo en su totalidad actualmente.

La expresión "sistema americano" no tiene otro significado riguroso históricamente válido que la preferencia por las ideas de Benjamín Franklin, Alexander Hamilton, Mathew Carey, Henry Clay, John Quincy Adams, Federico List, Henry C. Carey y el presidente Abraham Lincoln, sobre las del antagónico sistema británico de Adam Smith, Jeremías Bentham, etc. Este sistema americano de economía política toma su origen en nuestro continente en la fundación y el desarrollo inicial de la Colonia de la Bahía de Massachusetts, bajo el liderazgo de Winthrop y los Mathers.

Ese desarrollo comenzó en la Massachusetts anterior a 1688, fue continuado por Benjamín Franklin y merced a la ayuda de los partidarios de Franklin entre los seguidores de Godofredo Leibniz en Europa. Tal es el sistema americano, antagónico a la monarquía británica, que se plantea en los primeros tres párrafos de la Declaración de Independencia y el Preámbulo de la Constitución Federal. Es la tradición intelectual estadounidense de adversarios de la monarquía británica, como el presidente Washington, Alexander Hamilton, Thomas Paine, Mathew Carey, Clay, James Monroe, John Quincy Adams, Alexander Dallas Bache (bisnieto de

7. "Ilustración" significa, hablando en general, la fundación del empirismo por Paolo Sarpi de Venecia y el lacayo de Sarpi, Galileo Galilei. Pero la expresión "Ilustración del siglo 18" se refiere a la red extendida por Europa creada por el sucesor más influyente de Sarpi, el consumado espía veneciano con base en París, abad Antonio Conti. Fue la red de salones antileibnizianos de Conti en Europa la que creó a Voltaire, Quesnay y todas las variedades principales de la mentada Ilustración francesa e inglesa del siglo 18.

Franklin), Henry C. Carey, Frederick Douglass y Abraham Lincoln. Ese es el sistema americano cuyo legado el presidente Franklin Roosevelt trabajó por revivir, como lo hicieron también el presidente Kennedy y el reverendo Martin Luther King, ambos martirizados. Tal es la tradición intelectual estadounidense a que se refiere y ataca el agente de influencia confeso y adoptado de la monarquía británica Henry A. Kissinger.⁸

Ese sistema americano de economía política, cuyo diseño conceptual he puesto al día con mi trabajo para desarrollar la ciencia de la economía física, es la principal y mejor expresión, hoy día, de la civilización europea extendida por el mundo. Es el conflicto entre ese sistema americano de economía política, así mejor descrito, y el sistema imperial rentista financiero de la monarquía británica que actualmente domina el mundo, lo que define todas las cuestiones más esenciales a considerar aquí. La ironía principal es que una casta oligárquica dominada por Wall Street, la jauría oligarca de hienas rentistas financieras que ejercen en estos momentos dominio señorial sobre el gobierno de los Estados Unidos, jauría representada más típicamente por el *New York Times* que por el cada vez más bobo *Wall Street Journal*, se ha convertido en un instrumento de la monarquía británica contra el sistema americano, y es hoy la fuerza bestial principalmente responsable de la corrupción moral y cultural de la población estadounidense, y de traicionar a nuestra república constitucional por los rapaces dogmas del libre mercado y la globalización.

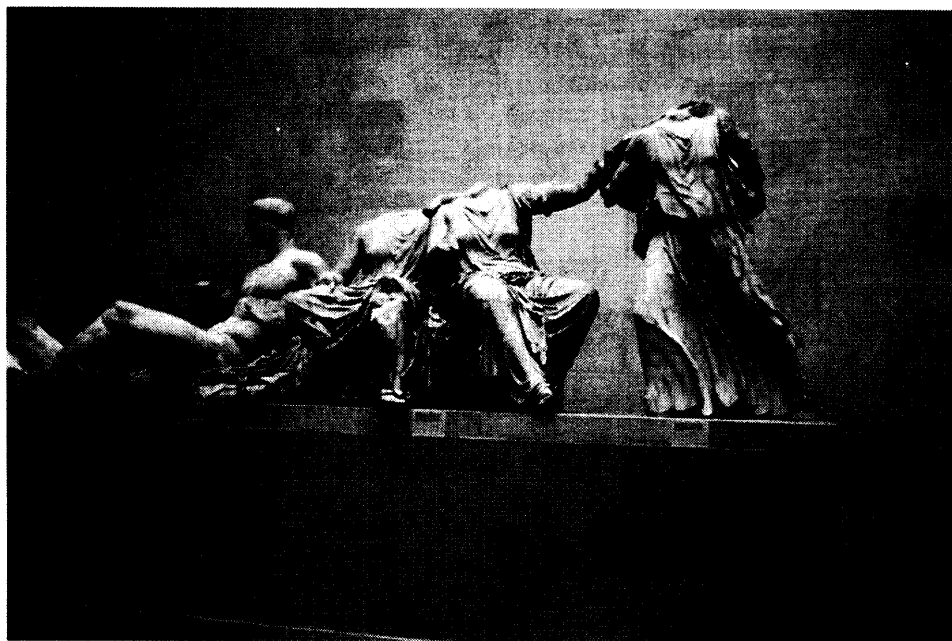
Entre la población adulta educada del mundo actual, cualquier imagen opuesta de los últimos 2.500 años de historia mundial es, en el mejor de los casos, un cuento de hadas ideado para degradar a la académicamente mal informada opinión pública a la misma irracionalidad fantástica evidente en la credulidad de los obviamente ignorantes. Explico todos los puntos anteriores como sigue. Procederé, a continuación, al asunto de las tres revoluciones decisivas que subrayé anteriormente.

Platón y el cristianismo

Como el gran poeta e historiador Federico Schiller le advirtió a sus alumnos, y a otros, en sus famosas conferencias de Jena sobre los principios de la historia, nadie puede comprender nada verdaderamente importante sobre la historia europea mientras no domine primero el hecho de que la civilización europea cobró existencia en el desarrollo de lo que ahora llamamos la cultura griega Clásica.⁹ Esa cultura tiene varios elementos esenciales, entre ellos, además de los más grandes períodos de Atenas, los sucesos de Jonia y el sur de la Italia prerromana; pero el rasgo más distintivo y esencial de esa cultura debe encontrarse en el testimonio de la transformación

8. Henry A. Kissinger, *Un mundo restaurado*, Fondo de Cultura Económica, México, así como su infame discurso del 10 de mayo de 1982, en la Chatham House de Londres.

9. Federico Schiller, "Qué es y para qué se estudia la historia universal".



Los mármoles de Elgin, del Partenón. Los escultores griegos clásicos “capturaban sus temas en pleno movimiento, en vez de como objetos inertes en el espacio-tiempo ‘euclidiano’ ”.

del concepto de la naturaleza del hombre, desde las épicas homéricas, hasta los escritos y hechos de Platón.

Leyendo de la *Iliada* a los diálogos socráticos y las *Leyes* de Platón recorreremos dos adelantos gigantescos que nos llevan a la contribución única de la Grecia Clásica a los orígenes y el continuo desarrollo de la civilización europea moderna. Primero, el hombre se definía como un juguete, como ganado de los dioses del Olimpo, caprichosamente malvados, con excepción de Atenea.¹⁰ En un lapso de tiempo posterior, desde la historia de Ulises al *Prometeo encadenado* de Esquilo, hay un gran salto adelante, hacia el hombre retratado por las grandes tragedias clásicas, en rebelión contra la tiranía de esos dioses paganos oligárquicos. Finalmente, donde Esquilo termina la trilogía de Prometeo, surge el segundo gran paso adelante, la nueva definición socrática del hombre como un ser hecho a imagen del Creador (*Compositor*) del universo, en los escritos de Platón, como su *Timeo*.

Esta noción naciente de la verdadera naturaleza del hombre es inseparable del concepto de la *idea*, de la forma en que Platón, más notablemente, provee la primera definición rigurosa conocida de *la idea de las ideas*. Aquí yace la clave para mostrar el nexo y la diferencia cualitativa entre la cultura actualmente conocida del antiguo Egipto y la de la civilización europea moderna arraigada en la Grecia Clásica. Esto identifica con precisión el primero de los tres progresos revolucionarios, más allá de la barbarie, de los cuales depende en forma absoluta la civilización europea moderna exten-

didada por el mundo.

Cierto, la noción de *ideas*, como Platón la define, y como la he refinado desde el punto de vista del cristianismo, no apareció en principio con la Grecia Clásica. Más bien, la Grecia de Platón es el primer sitio en la historia conocida en el que se define claramente *la idea de las ideas en general*. La diferencia es entre el descubrimiento de varios principios físicos individuales experimentalmente comprobables, y el descubrimiento del principio platónico de universalidad que subyace en la ciencia física en general. El *Timeo*, el *Critias* y las *Leyes* de Platón, que deben ser leídas con el trasfondo de sus trabajos anteriores, fijan los hitos de esa noción de la idea de las ideas cognoscitivas en general.

Típica de esta diferencia es la aparición de las nociones de escultura de la Grecia Clásica, representadas por la célebre influencia de Escopas y Praxíteles, y por las grandes tragedias clásicas. Un ejemplo moderno es la forma en que Juan Sebastián Bach creó ese sistema bien temperado de composición polifónica sobre cuya base las grandes composiciones de Josef Haydn, Wolfgang Mozart, Ludwig van Beethoven, Franz Schubert, Félix Mendelssohn, Robert Schumann, Johannes Brahms y Giuseppe Verdi desarrollaron el gran legado polifónico clásico, todos y cada uno de ellos en explícita oposición a seguidores románticos del tonto de Rameau, como Liszt, Berlioz, Helmholtz y Wagner.¹¹ El contraste entre el represen-

10. El nombre griego de Atenea la une a la fundación de la ciudad original de Atenas, bajo el patrocinio egipcio. En el legado de la Grecia Clásica, Atenea está unida al principio de la cognición, distinto del simple irracionalismo y la deducción. Sobre una materia relacionada, véase lo que dice Diodoro Sículo sobre los orígenes del culto del Olimpo.

11. Distinto y opuesto al sistema mecanicista conocido como temperado igual. Bach, como lo ilustra más eficientemente su creación de la *Ofrenda musical* y su *Arte de la fuga*, siguió a Platón y a Kepler en la definición del dominio musical como lo que Gauss y Riemann más tarde definieron como una multiplicidad pluriconexo. Son la ironías de la yuxtaposición de la voces cantantes adiestradas en el *bel canto*, no un cálculo matemático en ningún sentido ordinario, las que localizan la “ruta orbital” en la que yacen los

tante clásico de ideas verdaderas, y el aura de muerte que rodea al arte arcaico primitivo de Egipto y Grecia, un contraste ejemplificado por Leonardo da Vinci y Rafael Sanzio, o el famoso retrato de Rembrandt de un perspicaz busto de Homero contemplando la mirada fija y sin alma de Aristóteles, ilustra el tipo de distinción esencial entre ambos.¹²

De hecho, cualquier idea válida es un descubrimiento experimentalmente comprobable de un principio universal, tal como un principio físico universal, o, si no, esos principios universales de composición artística que subyacen en todo lo que es clasificado propiamente como obra artística clásica. La composición artística clásica debe reconocerse como algo de calidad opuesta a formas de irracionalidad desahoradas como el romanticismo, el impresionismo, el modernismo, el posmodernismo y la mayor parte de lo que pasa hoy día, según Hollywood, por formas populares, usualmente bestializadas, de entretenimiento, llanas reproducciones de las diversiones ofrecidas por esa arena imperial romana en la que los romanos, por la "libre elección" de la opinión popular de su época, atrajeron sobre sí la ruina de su sociedad. Así, cualquier descubrimiento válido de un principio físico universal es perfectamente reconocido como una idea, algo diferente de las meras impresiones sensibles o la fantasía ociosa.

Con *idea de las ideas en general*, me refiero, por ejemplo, como he dicho, a la ciencia física, que se distingue de una colección de esos descubrimientos individuales respectivamente comprobables que aún deben ser integrados en la forma de un cuerpo comprobable de ciencia física en general.¹³ En otras palabras, el punto de distinción es el conocimiento o la falta de conocimiento de una concepción de algún principio de veracidad universal, como el que exponen los diálogos de

valores contrapuntísticos del tono cantado. Está, como recalca Wilhelm Furtwängler, "entre las notas". La actual doctrina académica popular sobre el asunto de la afinación debe verse como cosa típica de la necia cualidad de la pedantería contemporánea.

12. Más notablemente, tras la obra pertinente de Leonardo da Vinci, las pinturas del gran Renacimiento Clásico, como las de Rafael Sanzio y Rembrandt, tienen como premisa el situar los sucesos reflejando, implícitamente, un espacio-tiempo físico que es justo calificar de riemanniano. De esta forma, los grandes pintores del Renacimiento llevaron a la pintura la misma forma de representar ideas propia de los escultores de la Grecia Clásica, como Escopas y Praxíteles, que capturaban sus temas en pleno movimiento, en vez de como objetos inertes en el espacio-tiempo "euclidiano". La obra de Rembrandt está, para el observador sensible moderno, entre los ejemplos exitosos mejor definidos de ese método de retratar ideas.

13. La única forma válida de una definición moderna funcional de ciencia física es la representada por la disertación de habilitación de 1854 de Bernhard Riemann, cuyo desarrollo tiene por premisa, como Riemann insiste ahí, la elaboración precedente de la noción de multiplicidades pluriconexas por parte de Carl Gauss. Así, la ciencia rechaza la simple certeza sensoria y, por tanto, también las nociones "euclidianas" de espacio-tiempo físico como norma para interpretar los fenómenos decisivos que subyacen en el descubrimiento de principios físicos universales comprobables. Sólo la validación experimental de un esquema universal, según lo define la geometría física antieuclidiana, una universalidad compuesta, ella misma, solamente de principios físicos experimentalmente comprobados como universales, merece el nombre de ciencia física.



"Aristóteles contemplando el busto de Homero", de Rembrandt, ilustra vívidamente el contraste entre la representación clásica de las ideas verdaderas, representadas por el ciego Homero y el aura de muerte mostrado en la mirada vacía, sin alma, de Aristóteles.

Platón. También incluimos los principios universales similarmente comprobables de la composición artística clásica, principios que alcanzan el mismo grado socrático del *ágape* que se refleja en Corintios 1:13 de Pablo.

Cierto, no sólo encontramos trazos de la noción de ideas como tal en el trabajo de un contemporáneo de la Grecia Clásica, el gran filólogo del sánscrito Panini. Las nociones de los ciclos astronómicos presentes en el diseño de las grandes pirámides de Egipto, son ejemplo del tipo de ideas que representan, aún hoy día, las precursoras de la ciencia moderna. Se puede argumentar algo parecido respecto a los calendarios védicos del Asia central fechados a más tardar entre 6.000 y 4.000 a.C. Quizás hubo *una idea de las ideas* como la de los diálogos de Platón en alguna región de la milenaria niebla del tiempo; si es así, no tenemos confirmación de semejante cosa hasta el momento. Actualmente no hay pruebas rigurosamente definidas y reconocidas de que tales nociones existieran en las culturas preclásicas conocidas de los últimos seis mil años y pico, de acuerdo con la actual historia oficial del mundo.¹⁴

Con *idea de la idea*, me refiero a la idea de *la naturaleza humana* de la Grecia Clásica, mejor expresada por los diálogos de Platón, o mejor aún, por la versión cristiana de esta

14. La norma de rigor pertinente es la ejemplificada por la disertación de habilitación de 1854 de Bernhard Riemann, que proscribe todas las derivaciones matemáticas formales de la noción de universalidad, en favor de una determinación física experimental de la curvatura de la totalidad del espacio-tiempo físico dentro del cual se sitúa la acción pertinente. Todos los intentos que conozco de demostrar una fecha anterior para la idea de las ideas, descansan, según mi conocimiento, en argumentos que incluyen supuestos demostrablemente burdos y apriorísticos.

concepción de la Grecia Clásica, o la de Moisés Mendelssohn, entre otros, posteriormente. Me refiero, también, al principio distintivo de la composición clásica en la escultura, la pintura, la poesía, la música y el drama que la civilización moderna ha derivado de los orígenes de la Grecia Clásica. Debiéramos significar, implícitamente, y más esencialmente, la idea del hombre hecho a viva imagen *cognoscitiva* del Creador del universo.¹⁵ Es ese descubrimiento de una rigurosa noción socrática del principio universal, no aristotélico, de la cognición, que se remonta a sus orígenes en la Grecia Clásica, lo que define la noción de civilización europea extendida por el mundo como una idea distinta. Descubramos aquí, juntos, la solución al enigma que planteé en los párrafos iniciales de este informe.

Para rastrear el desarrollo de esta noción de la idea, sería más conveniente concentrarse en el ejemplo del argumento que da Platón en la obra a menudo identificada como la *República*. Para este propósito, el estudiante debe concentrarse en el diálogo de esa obra entre los personajes Sócrates, Trasímaco y Glaucón. Los problemas que se plantean son las cuestiones centrales de la sociedad moderna, incluidos los asuntos más importantes que hallamos en los niveles supremos de la controversia gubernamental y religiosa. El rasgo distintivo de ese diálogo, y por otra parte, de todos los diálogos de Platón, es el principio de *la idea de las ideas*. Todo el desarrollo de la Grecia Clásica, desde las épicas homéricas hasta la cultura clásica griega conocida para los apóstoles como Juan y Pablo, se resumen en ese ejemplo.

Otra forma de expresar la noción de la idea de las ideas, es la noción de la veracidad universal descubrible respecto al hombre y la naturaleza, cuestión decisiva para la disputa central a que hace referencia el diálogo de Platón entre Sócrates, Trasímaco y Glaucón. Esta cualidad de veracidad, localizada en el argumento de ese Sócrates, es la distinción esencial entre la ciencia y la seudociencia, y la oposición del derecho natural arraigado en la veracidad al depravado concepto erróneo de derecho adoptado en la práctica por los doctrinarios de nuestros días, las nociones del mero derecho consuetudinario o el puro derecho positivo. Esto último incluye, de manera notable, la malvada obra de acólitos positivistas del malvado Bertrand Rusell, como la "teoría de la información" de Norbert Wiener, y las nociones sin vida del "análisis de sistemas" y la "inteligencia artificial" de John von Neumann.

Se deben reconocer ahí tres nociones multiconexas, de lo más característico, de la obra de Platón en su conjunto. Estas son: el principio de veracidad y justicia; el principio supremo

15. Debe entenderse que el término *cognoscitivo* se emplea aquí para significar la Mente del Creador, a diferencia de los ídolos que pretenden representar a Dios en la imagen del mero cuerpo mortal que habita la mente de la persona. En consecuencia, la escultura clásica y la pintura del Renacimiento, en contraste con los estilos arcaico y romántico, localizan la imagen de la personalidad en la idea cuya existencia debe derivar la mente del observador, la idea que yace ontológicamente en el pleno movimiento representado irónicamente.



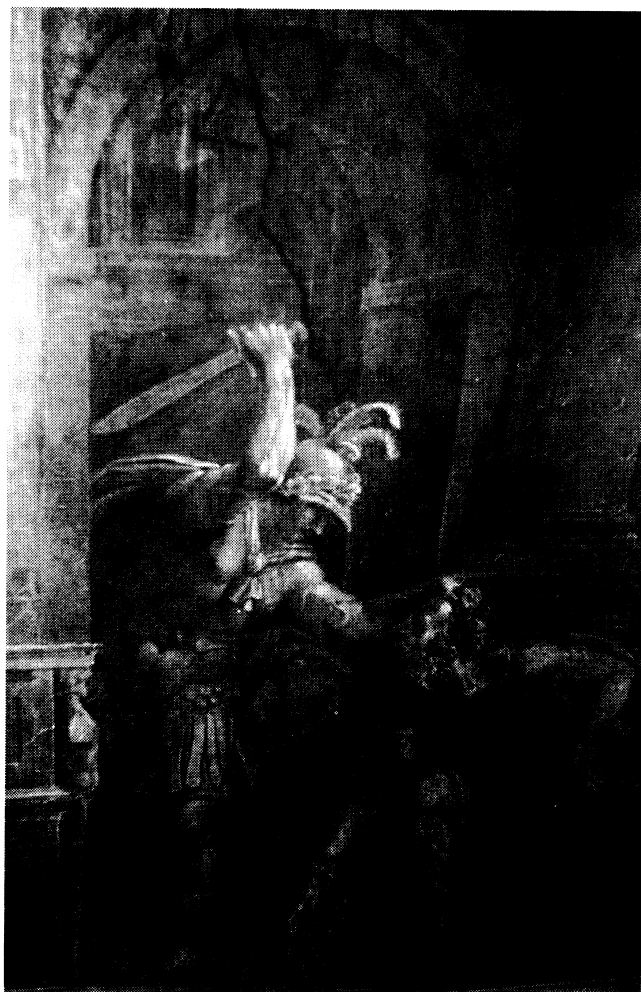
"San Pablo visitando a San Pedro en la prisión", por Masaccio.

del derecho, identificado por el uso que hace Pablo de la definición de Platón del término griego *ágape*, y la idea de todas las ideas, *la idea del hombre*. Esto define al hombre, implícitamente, como un ser distinto de todos los otros seres vivos, la personalidad eficientemente humana del individuo humano, creado a imagen de la Mente eficiente del *Compositor* (Creador) del universo.¹⁶

Regresaré a ese punto específico; pero, primero, debo matizar la conexión entre las primeras dos de las revoluciones sucesivas antes mencionadas.

Alejandro Magno fue guiado a sus geniales victorias con el auxilio de los discípulos de Platón que fueron adversarios del enemigo de Alejandro, Aristóteles. El asesinato de Alejandro esparció las semillas de la autodestrucción, como en un terreno envenenado por la sangre de ese homicidio, en el gran proyecto que Alejandro había encarnado. Aunque la cultura de la Grecia Clásica del período prerromano, el llamado período

16. Es decir, como lo expone Platón en su diálogo *Timeo*, y como lo representa Corintios 1:13 de Pablo.



Pintura del asesinato romano de Arquímedes, por Penimo del Vaga (discípulo de Rafael). Por ese entonces, "Roma emergió a manera de eco de la antigua Esparta délfica y la vieja Babilonia, como la Nueva Babilonia imperial, a veces llamada entre los cristianos 'la Ramera de Babilonia'".

do helénico, fue la cultura más avanzada de la región del Mediterráneo hasta el Renacimiento del siglo 15, contenía, pues, un defecto fatal. La historia de los Estados Unidos ilustra la misma paradoja: el legado clásico fue el más importante de su época, pero tras el asesinato de Alejandro, albergó un parásito, un enemigo extraño, un enemigo de naturaleza afín a nuestros esclavistas y a nuestra pandilla de Wall Street. La cultura helena se tornó, así, vulnerable a su conquista por esa "Nueva Babilonia", intrínsecamente malvada, que vino a conocerse como Imperio Romano.

Así pues, más o menos desde la época del asesinato de Arquímedes a manos de los romanos, y la muerte posterior de la mente científica más grande de ese tiempo, el corresponsal de Arquímedes, Eratóstenes, esa creación del culto délfico del Apolo pitio conocida como Roma, emergió a manera de eco de la antigua Esparta délfica y la vieja Babilonia, como la

Nueva Babilonia imperial, a veces llamada entre los cristianos "la Ramera de Babilonia". Esa Roma pagana irrumpió así al poder, por todo el Mediterráneo en general. Durante casi dos siglos, desde el asesinato de Arquímedes hasta el nacimiento de Jesucristo, el legado clásico menguó. Entonces, vino la época en que Cristo y sus apóstoles transformaron la herencia clásica griega en la forma que el apóstol Pablo abordó la cuestión del "Dios desconocido".

Para los judíos, ya en lucha contra la tiranía, tanto de Roma, como de los lacayos romanos "estilo Quisling" del régimen títere judío, la llegada del cristianismo fue una revolución, una redención de la naturaleza humana, entendida como se la define literalmente en el capítulo primero del primer libro de Moisés. Como para Moisés, la universalidad del hombre y la mujer es que cada uno está hecho a imagen del Creador, y facultado y encargado de ejercer dominio sobre todas las demás cosas dentro del universo. Ese poder no es otra cosa que la facultad no deductiva de la cognición, ese poder anteductivo de *Razón* único del individuo humano, el poder de razón que odia el Emmanuel Kant de las *Críticas*. La cognición es el medio por el cual la humanidad es capaz de descubrir y emplear principios físicos universales experimentalmente comprobables para aumentar el poder del hombre en y sobre el universo.

Esta noción mosaica de la naturaleza humana, así redimida, expresada como la misión de los apóstoles cristianos hacia los gentiles, fue la extraordinaria gran misión única de los apóstoles de Cristo. Esa misión era la dedicación a la redención de toda la humanidad como tal criatura cognoscitiva especial, cada individuo hecho a imagen de lo que Platón ha definido como el concepto asequible del Compositor del universo.

Ya no más, como había sido el caso de los judíos en la época del nacimiento de Cristo, se prefirió absolutamente un pueblo sobre otros; más bien, cada porción de la humanidad está obligada a servir al bienestar de todo el género humano, a servir a la universalidad de toda la humanidad como una especie de criatura hecha a imagen del Creador. Fue esta alternativa a la maldad inherente a Roma, y a las fallas de la forma prevaleciente en ese tiempo de la perspectiva judía; fue un cristianismo cuyo ministerio a toda la humanidad la ha salvado hasta ahora, a pesar de todo lo demás, de la condena de otro modo inherente al legado de esa "Nueva Babilonia" conocida como el Imperio Romano.¹⁷

17. Cierto, algunos entusiastas han argumentado, desde el dudoso punto de vista de la "arqueología bíblica" de los siglos 18 y 19, que Cristo representó un "Nuevo Diseño Divino". A pesar de semejante apologética, que tiende a ir unida a las variedades gnósticas de sofisterías pornográficas y numerológicas que se derivan de su interpretación del Antiguo Testamento, la redención del cristianismo del sentido de lo que dijo de Moisés sí representa un rompimiento con el dogma de un "pueblo elegido", un rompimiento sin el cual beneficios tales como la emancipación de los judíos europeos en el siglo 18 no podían haber ocurrido. Características de ello, y a menudo coincidentes con tales aberraciones gnósticas en teología, son todas esas variedades de apologética prooligarca que localiza la moralidad casi herméticamente en

El misterio de Jesucristo

Habida cuenta de las mencionadas similitudes de orientación, ¿cómo deben diferenciarse *funcionalmente* los historiadores y estrategias actuales entre el Sócrates de Platón y Cristo? ¿A qué grado el ministerio y la Crucifixión de Cristo se encuentran prefigurados pero difieren de la figura del Sócrates, que también murió por la causa de la verdad, a manos del demostrablemente traicionero Partido Demócrata de Atenas? ¿Por qué tengo que insistir ahora en que el cristianismo, que adopta y conserva el legado de la Grecia Clásica, sea reconocido como una intervención divina revolucionaria, distinta de lo mejor que aportaran previamente Platón y compañía?

A primera vista, fue el legado de Cristo y sus apóstoles el que mantuvo con vida las contribuciones de Platón, en una época en que esas contribuciones hubiesen de otro modo permanecido donde el imperio Romano las hubiera esclavizado o enterrado en su mayoría. La larga lucha del cristianismo, incluida la que libró Agustín contra el Imperio Romano y su legado, llevó a la obra de Platón a servir de rasgo central de la revolución política que representó el Renacimiento del siglo 15. Sin embargo, aunque el método de Platón no sólo se refleja, sobre todo, en el evangelio de Juan y las epístolas de Pablo, sino que representa un rasgo integral indispensable del método apropiado del cristianismo y su teología por más de casi dos mil años, aún existe una cierta diferencia *funcional* decisiva entre ambos, y una consecuencia política concomitante para el mundo en su conjunto.

En la doctrina cristiana, la diferencia decisiva, como se subrayó entre los primeros Padres de la Iglesia, y en el legado de Agustín para Occidente, está contenida en una sola frase del credo cristiano: “y del Hijo”.¹⁸

La interrogante decisiva es: “¿Por qué, si Jesús nació en tiempos del reinado de César Augusto, el discípulo Juan localiza la existencia de Cristo *en el principio*?” Aquí yace la relación de la Crucifixión con la esencia del cristianismo. Para Platón, esto sería, admisiblemente, un concepto no ajeno axiomáticamente al método observado en su *Timeo*, por ejemplo, pero su origen y hábitat es el cristianismo.

Eso, a su vez, plantea la cuestión: ¿Cuál es el significado



“Crucifixión” por Alberto Dürero, 1508. “La interrogante decisiva es: ‘¿Por qué, si Jesús nació en tiempos del reinado de César Augusto, el discípulo Juan localiza la existencia de Cristo *en el principio*?’ Aquí yace la relación de la Crucifixión con la esencia del cristianismo.”

esencial, necesario, de la Crucifixión, que hace del cristianismo una idea de ideas tan poderosa? *En eso yace el misterio de Cristo*. No es un misterio en el sentido que sea inherentemente inexplicable a la razón; es un misterio en el sentido de que aparece en la forma de una profunda paradoja ontológica, que puede hacerse comprensible únicamente a través de revisar dentro de uno mismo la acción cognoscitiva pertinente de descubrimiento. Tomado en cuenta ese misterio, así descrito, por lo que debemos dar crédito a la cultura griega clásica de Platón es por la fuente de la capacidad, o si lo prefieren, de la susceptibilidad, para resolver la paradoja planteada por la definición mosaica de la naturaleza del hombre.

No existe una incomprendibilidad intrínseca inherente al mero hecho de ese misterio. Como habré de recalcar, sin esta cualidad específica del cristianismo, ninguno de los sucesos positivos que llevaron al Renacimiento del siglo 15 hubiese sido posible. Todo lo que podemos derivar de la cultura clásica griega, como los aportes de Platón, no explica el Renacimiento, el nacimiento de la civilización europea moderna extendida mundialmente. Hay un principio universal especial,

asuntos reducidos de conducta sexual y relaciones familiares y comunitarias en lo pequeño, eludiendo así todas las grandes cuestiones de la moralidad cristiana, como la maldad inherente en el fomento de medidas y mecanismos que promueven la discriminación racial y otras expresiones de la política oligarca de tratar a alguna gente como virtual o verdadero ganado humano. Típicos son los argumentos al efecto: “No ofendan al rico y al poderoso”, sofisterías típicas de gnósticos como la secta bogomil (cátara) y su dogma prosatánico del “libre comercio”, el de John Locke, Bernard Mandeville, Adam Smith y sus seguidores del culto de la Mont Pelerin hoy día.

18. La visión adoptada sobre la antigüedad de la expresión latina *Filioque* por el gran Concilio Ecueménico de Florencia, fue establecida por la obra del cardenal Nicolás de Cusa, quien presentó las pruebas de fuentes griegas que recopiló en Bizancio. Helga Zepp LaRouche presentó un recuento de esto, “Nicolás de Cusa y el Concilio de Florencia”, en Roma (en alemán), para el 550o Aniversario del Concilio de Florencia, el 5 de mayo de 1989. La traducción al inglés de su discurso se publicó en *Fidelio*, primavera de 1992.

eficientemente superior, contenido dentro de lo que de otro modo parecería el mero y llano hecho histórico de Jesucristo. Es un principio universal implícito, como dije, por medio de una paradoja ontológica correspondiente.

Esa paradoja es decisiva para conocer realmente el rasgo característico de todos y cada uno de los tres sucesos revolucionarios de los que dependen la civilización europea y su desarrollo. El misterio de Cristo es la expresión central, definitiva de esa evolución. Consideremos esa paradoja en forma cada vez más detallada.

Para empezar, la diferencia yace en la relación personal del Cristo de la Crucifixión con las víctimas más desválidas y, en general, más oprimidas de la tiranía romana y otras malvadas tiranías. El vínculo personal de esos individuos oprimidos, aun en la muerte, con la persona del Cristo crucificado, es lo que ha representado la chispa esencial, la pasión alentadora, de la que han dependido absolutamente todas las realizaciones temporales de la civilización europea extendida mundialmente, civilización cuyo progreso emanó, en tan gran medida, de la sangre derramada de los mártires.

Esto apunta ya hacia un principio aún más profundo. El concepto decisivo, la idea de ideas, que hace comprensible ese nexo, es la noción de *la simultaneidad de la eternidad*. Ahí yace la clave de las exigencias de esa gran metáfora, el misterio histórico de Cristo.

Por desgracia, a la actual superabundancia de analfabetas académicamente entrenados, esa afirmación, respecto a la simultaneidad de la eternidad les suena como una formulación sumamente extraña. La tacha que pueda ponerse así, injustamente, a la expresión, no está en la forma de la afirmación, sino en el efecto cegador de las formas de ignorancia popularizadas hoy día. Entre las víctimas de su propia carencia de razón, debemos incluir a todos aquellos que profesan ser materialistas, empiristas, cartesianos, kantianos, existencialistas (como los admiradores fascistas de Nietzsche y su seguidor Heidegger, e izquierdistas anarcoides como Adorno, Hannah Arendt y Jean-Paul Sartre, seguidor de Heidegger) y los positivistas y estructuralistas modernos. La idea que semejantes analfabetas aseguran no poder ver con sus sentidos, es una visión, pero no es mera fantasía; es, como lo he dicho las muchas veces en lo que he hablado y escrito sobre la materia, una clase elemental de hecho físico experimentalmente demostrable. *Es la misma cualidad de hecho que se encuentra en cualquier descubrimiento experimentalmente probado de un principio físico universal.*

Son los materialistas, los empiristas y los de su ralea, quienes, de manera directamente contraria a sus arrogantes ilusiones, viven en un mundo inexistente de pura fantasía demencial. Esta es precisamente la idea que ustedes —*personalmente*— deben considerar, si es que han de reconocer el principio por medio del cual se debe rescatar a esta civilización en peligro de la condenación que en estos momentos se atrae sobre sí.

Ningún subterfugio, ningún poder mágico de profecía, ni

nada parecido, está involucrado en esta visión. Todo se muestra claramente desde el punto de vista de una calidad válida de ciencia física. El problema de la sociedad hoy día es que la mayoría de la gente es terriblemente, y algunas veces, terminalmente ignorante, precisamente porque es de esa casta supersticiosa que sufre el bestializante engaño de que físico quiere decir impresión sensible. La tarea, por tanto, es mostrar concluyentemente que gente semejante, incluidos algunos notables profesores de ciencia física, se engañan sobre este punto específico.

El punto es hacer constar las pruebas de que el misterio de Cristo, tal como se plantea en la apertura del evangelio según Juan, no es cuestión de fe ciega, sino un hecho de Razón totalmente comprensible, y de este modo, asequible a todos aquellos, cristianos o no, que no permanezcan históricamente reticentes a la influencia de la Razón. Las ciegas víctimas de la sinrazón se pueden describir también como personas tan apasionadamente agobiadas por el lado bestial de su naturaleza sensual, que se niegan a soltar la ilusión de que la imagen observada en el distorsionado espejo de las impresiones sensorias, es igual al objeto que el espejo no refleja sino imperfecta e insuficientemente.

En semejante visión de Cristo, no hay conjuros absurdos ni fe ciega. Existe, sin embargo, la confusión que tiende a irrumpir entre los ignorantes. Tales problemas de los ignorantes son la fuente habitual de los trastornos que han incitado a tantas de tales personas a recurrir a declaraciones intuosas que se pueden juzgar plausibles únicamente en la medida en que las mentes del maestro y el alumno estén más o menos igual de confundidas.

Este, como lo demuestro, es un concepto sólidamente arraigado en los principios que subyacen en la ciencia física. No puede ser de otro modo.

Economía y teología

No es mera coincidencia que esta noción de la simultaneidad de la eternidad sea la idea más interesante, importante y provechosa de toda la ciencia física. (Que aparece más frecuentemente reflejada, hoy día, en su reflejo como la relatividad del tiempo.) He expuesto las bases para definir esta paradoja en trabajos publicados con anterioridad, donde he recalado el hecho de que existen tres calidades distintas, pero multiconexas, de principios físicos universales a tomarse en cuenta: los procesos no vivos, los procesos vivos y los procesos cognoscitivos. Por consiguiente, aquí, basta con que resuma sólo aquellos puntos desarrollados en esos trabajos anteriores. El resumen de esos aspectos me ayudará a concentrar la atención del lector en la característica decisiva de la paradoja más importante, *el misterio de Cristo*, ya que da la piedra angular para el asunto íntegro de todo este informe.

Resumo la base física científica del argumento, y sitúo así la esencia del argumento respecto al cristianismo, en una realidad demostrable y asequible de experiencia.

Como lo han recalado todos mis escritos publicados y

series de conferencias sobre la ciencia leibniziana de la economía física, cualquier noción competente de economía moderna depende, primaria y absolutamente, de la noción de que el aumento demostrable del creciente poder de la humanidad en y sobre el universo no es resultado de otra cosa que la cooperación de la sociedad en la aplicación de descubrimientos experimentalmente comprobados de principios físicos universales. A partir de la comprobación experimental de principios físicos universales así descubiertos, se generan como subproductos las tecnologías pertinentes, aumentando de este modo la densidad relativa potencial de población de la humanidad, mensurable per cápita y por kilómetro cuadrado de la superficie terrestre.

En esos escritos y conferencias, he demostrado que la generación de tales descubrimientos de principio no puede ocurrir a través de métodos deductivos, sino únicamente por medio de procesos no deductivos de cognición, en contradicción del Immanuel Kant, por ejemplo, que negaba que tal proceso cognoscitivo conocible existiese. Estos descubrimientos ocurren al impulso de lo que el método de Platón define como *paradojas ontológicas*, del tipo que no se puede superar por medio de métodos deductivos, sino que requiere de los métodos propios de lo que Platón define como un principio de *hipótesis superior*.

Ese es el mismo método al que el cardenal Nicolás de Cusa dio el título de *De docta ignorantia*, el método adoptado de la obra de Cusa por Leonardo da Vinci, el método de Kepler, Leibniz, etc. Cuando la experiencia del descubrimiento original se comparte compartiendo la experiencia de las paradojas ontológicas pertinentes y las comprobaciones experimentales, semejante descubrimiento se asienta como conocimiento para la práctica, a diferencia de la "información" meramente aprendida. Es de la misma forma, y sólo de esta forma, que cualquier principio universal de la ciencia física puede ser realmente conocido.

Estos procesos cognoscitivos son exactamente del tipo ilustrado por los diálogos de Platón. También son del mismo tipo que subyace en todo esfuerzo exitoso en las formas clásicas de composición artística. El método del contrapunto bien temperado desarrollado por J. S. Bach, como se muestra en su *Ofrenda musical* y en el *Arte de la fuga*, es un ejemplo precisamente de este punto. Los opositores del método polifónico de Bach en la música, incluidos románticos como el frívolo Rameau y el embaucador Helmholtz, son típicos de la incompetencia artística (y científica) a este respecto. Por eso, los períodos de la historia en los que estos métodos clásicos de la ciencia y la composición y ejecución artística predominaron sobre las mentadas alternativas populares y de otro tipo, representan los grandes períodos de ascenso en el alcance entero de la civilización europea extendida mundialmente desde la Grecia Clásica. En los períodos en que prevalece el cultivo cognoscitivo de esta forma clásica en la educación, en la práctica científica y en la composición y la ejecución artísticas, es cuando se ha obtenido el mayor progreso relativo

en la condición humana.

En contraste, en los períodos en los que las formas clásicas de composición artística cesan de ser populares, las sociedades tienden a resbalarse rumbo a sus grandes catástrofes culturales y morales, como en los Estados Unidos de hoy día.

Específicamente, la actividad mental que es causa de la generación y comunicación exitosas de un descubrimiento comprobable original de principio físico universal, representa exactamente la misma clase de actividad mental —actividad cognoscitiva— que encontramos de otro modo en la forma clásica de composición y ejecución artística. *La distinción entre los dos tipos de experiencia es que el foco de la ciencia física es el creciente poder del hombre en y sobre la naturaleza, per cápita y por kilómetro cuadrado, mientras que la composición artística clásica se dirige a los medios de persona a persona, cuya raíz está en la cognición, a través de los cuales se hace posible la cooperación en el fomento y el empleo de principios físicos universales válidos.* En su *Defensa de la poesía*, Shelley describe la unidad de los dos como una cuestión de períodos en los que hay un aumento del poder de impartir y recibir ideas profundas y apasionadas respecto, a la vez, al hombre y la naturaleza.

Miremos hacia atrás, de la disertación de habilitación de 1854 de Riemann a Platón. Concentrémonos en la noción de esas paradojas ontológicas de cuyo impulso fluye un descubrimiento válido cognoscitivamente generado de un principio físico universal. Contrastemos el caso en el que un descubrimiento válido fluye a partir de una paradoja ontológica aislada, con el caso en el que, como en la hipergeometría riemanniana, toda nueva paradoja potencialmente bien definida ya está implícita, como potencial cognoscitivo, en el conocimiento de la multiplicidad considerado en su conjunto.¹⁹

Tomemos por ejemplo la relación entre el devastador diseño experimental de Fresnel para demoler el dogma de Newton sobre la propagación de la luz, y la prueba experimental de Wilhelm Weber de la fuerza angular de Ampère, refutando así los sofismas neoneutonianas de Grassmann, Maxwell y compañía sobre este punto. Estos dos conceptos, la de Fresnel y Arago sobre la luz, y la de Ampère y Weber sobre el electromagnetismo, no sólo fueron descubrimientos integrados, tanto en sus orígenes como en su resultado, sino que fueron descubrimientos generados, como en la íntima colaboración entre Fresnel, Ampère y Arago, desde el punto de partida de reconocer un siempre presente sofisma sistémico en la totalidad del dogma empirista de Sarpi, Newton, Leonhard Euler y demás.²⁰

19. Bernhard Riemann, *Über die Hypothesen, welche der Geometrie zu Grunde liegen* (1854), *Bernhard Riemanns Gesammelte Mathematische Werke*, H. Weber, recopilador (Nueva York, reimpresión de Dover Publications, 1953), págs. 272–287.

20. Véase Jonathan Tennenbaum, "How Fresnel and Ampère Launched a Scientific Revolution", y Jacques Cheminade, "The Ampère-Fresnel Revolution: 'On Behalf of the Future'", *EIR*, 27 de agosto de 1999; Laurence Hecht *et al.*, "The Significance of the 1845 Gauss-Weber Correspondence",

La característica de las tendencias más productivas del progreso científico y técnico en la cultura europea moderna está representada por las implicaciones de la disertación de habilitación de Riemann. Ver todo el recorrido de la ciencia física como un multiplicidad unificada que se desdobra, como lo vieron Cusa y Leonardo antes que Kepler, Leibniz, Gauss y Riemann, lleva el progreso científico, del dominio de las soluciones al parecer fortuitas a paradojas aisladas, a un ataque generalizado y más o menos bien enfocado conceptualmente a los límites de la ciencia existente en su conjunto.

Las consideraciones recién resumidas nos llevan de inmediato a la cuestión central planteada por la noción de la “simultaneidad de la eternidad”. Esta, a su vez, hace transparente el concepto del misterio de Cristo *al proceso individual de cognición*.

Hay tres ideas decisivas multiconexas a considerarse en ese marco específico.

Primero, si la relación funcional entre el hombre y el universo se localiza dentro del dominio de la cognición, más bien que en el de la simple experiencia sensoria, ¿cuál es la forma y calidad de la acción voluntaria que define la relación funcional del hombre con el universo?

Segundo, dado que tal acción se genera solamente dentro de esos procesos cognoscitivos soberanos de la mente de un individuo, que son inaccesibles a la observación por medio de la percepción sensoria, y ya que ese individuo es mortal, ¿cuál es la relación de esa existencia mortal del individuo con el universo en el que se despliegan los efectos de tales actos cognoscitivos?

Tercero, ¿cuál es, a ambos respectos, la relación de la existencia de la actividad cognoscitiva del individuo mortal con la existencia de toda la humanidad dentro del universo en su conjunto? Aquí, en suma, en esta tercera observación, y en nada más que en esto, yace la noción de la idea de la idea de la naturaleza humana.

La primera de esas tres ideas se refiere a una cualidad fundamental de distinción entre la noción trivial y vulgar de un universo como un mero reflejo de la experiencia sensoria, y la noción de esa experiencia del universo en términos de las cualidades específicas de acción que se puede demostrar que aumentan la densidad relativa potencial de población de la humanidad, o de una cultura humana específica.²¹ Esto identifica el primer obstáculo conceptual que el estudiante debe

²¹ *21st Century Science & Technology*, otoño de 1996; Laurence Hecht, “Optical Theory in the 19th Century, and the Truth about Michelson-Morley-Miller”, *21st Century Science & Technology*, primavera de 1998.

21. Esto incluye las nociones limitantes de mejoramiento de la composición demográfica de la población, considerada en hogares, crecimiento per cápita, esperanza de vida, etc.

superar para poder formarse una noción eficiente del significado de la ciencia física y la tecnología.

Consideremos que la acción característicamente humana se define exclusivamente como *aquella acción por medio de la cual se aumenta la densidad relativa potencial de población de la humanidad*. Entonces, sólo las formas de cognición representadas por el descubrimiento válido de principios físicos universales (y la reproducción de semejante acto de descubrimiento, digamos, por un estudiante) corresponden a este tipo de acción. Esto puede representarse, por ejemplo, con la imagen de una serie de multiplicidades riemannianas (por ejemplo, $n, n+1, n+2, \dots$) ordenadas de conformidad. Esa imagen pone la acción que corresponde al ordenamiento progresivo de esa serie de descubrimientos de principio en conformidad con lo que Riemann, siguiendo a Leibniz y a Gauss, definió como el cambio en la curvatura característica del espacio tiempo físico, en tanto vamos de una multiplicidad a la siguiente.

Siguiendo esa línea de pensamiento, hemos liberado a la ciencia del yugo abrumador de la vulgar certeza sensoria. En vez de la ingenua necedad de atribuirle realidad a la contemplación tipo “torre de marfil” de las impresiones sensorias, ahora tenemos, a través de las modalidades de experimento pertinentes, una correlación inmediata entre la acción cognoscitiva de la mente individual, y el efecto de la acción de la mano guiada y controlada por la acción de descubrimiento de la mente. Esta relación de la acción del estado mental cognoscitivo con el cambio inducido en efecto por la acción de la mano que controla, se torna así en la única definición de *conocimiento físico* que aceptamos. Esto es el “nada es constante sino el cambio” de Heráclito, principio paradójico ontológico esclarecido por Platón.

Así, en vez de inferir la acción como algo congruente con una especie de certeza sensoria apriorística, o con el llamado espacio-tiempo físico “euclidiano” del empirista Galileo y compañía, definimos la acción en los términos cognoscitivos que acabo de describir en resumen. En lugar de la vulgar superstición de la “acción a distancia” (es decir, en el espacio-tiempo “euclidiano”), adoptamos una noción leibniziana de un principio de acción mínima universal. Esta cualidad de acción es, así, la curvatura característica del tipo de espacio-tiempo físico asociado con la acción en la que éste ocurre. El aumento de la densidad relativa potencial de población proporciona una vara de medir apropiada a la estructura dentro de la cual se debe definir esa “curvatura”.

Esta última característica ha de definirse, para empezar, en un sentido riemanniano de la correlación entre estado mental cognoscitivo y el cambio efectivo —*el cambio en las corrientes de cambio preexistentes*— inducido por la mano que guía y controla.

Entonces, midiendo la acción física así definida, en términos correlacionados con la noción de densidad relativa potencial de población, tenemos una imagen aproximada del primero de los tres principios multiconexos (ideas) arriba

enumerados.²²

Sin embargo, dado que tal acción exitosa de la especie humana depende de la cooperación que existe en compartir semejantes ideas para la práctica de la sociedad, la relación física de la mente individual para con el universo en general se expresa inmediatamente, como he indicado, bajo el título del segundo de los tres principios arriba enumerados. En esta perspectiva, queda claro que el hombre actúa de manera eficiente sobre el universo físico solamente a través de las relaciones sociales cognoscitivamente definidas por medio de las cuales ocurre la transmisión de dichas ideas merced a la reproducción de su descubrimiento. Por consiguiente, a este respecto, el papel de las formas clásicas de cultura artística dentro de la sociedad asume un carácter decisivamente determinante.

Subrayo un punto decisivo al respecto. Condeno al ridículo la corrupta y en realidad degradada noción del arte como "mero entretenimiento", como "mera ficción". De todas las composiciones y ejecuciones de las que pueda decirse: "Esto es principalmente para su entretenimiento", sea la obra ejecutada, o la ejecución particular de ella, o, al menos, la apreciación de ella por parte del auditorio, no son una experiencia artística. Las formas clásicas de composición artística representan el medio más apropiado para la educación del alma, tal como las tragedias de Schiller *Wallenstein* y *Don Carlos*, por ejemplo, elevan la historia del nivel de la práctica contable más o menos tendenciosa, de la mera apología o la fantasía vacía, al de la misión de imbuir con un sentido de veracidad a los ejecutantes y al auditorio con respecto al asunto histórico presentado en el escenario.

La ejecución de las pasiones de San Juan y San Mateo, de Bach, por ejemplo, ¿despierta en la congregación concurrente a un sentido verdadero de participación en esos momentos de la vida de Cristo? O el *Réquiem* de Wolfgang Mozart, en esa tradición de Bach, o la *Missa Solemnis* de Beethoven, también concientemente elaborada en la misma tradición de Bach que el *Réquiem* de Mozart, pero de la cual no he escuchado hasta la fecha una ejecución veraz de la obra en su totalidad. Todo arte clásico verdadero tiene el contenido intencional, del compositor y del ejecutante, de impartirle al ejecutante y al auditorio un apasionado sentido de veracidad, un sentido que no se puede comunicar efectivamente más que por conducto de la composición artística clásica. La mejor ejecución del llamado *spiritual* negro, del modo que Dvóřak y Burleigh siguieron el pensamiento de Brahms respecto a cómo entender el perfeccionamiento de la música folklórica, expresa el mismo principio universal del arte clásico.

Puesto que el desarrollo de las formas de la lengua orienta-

das a la comunicación cognoscitiva es tan esencial como el revivir acumulaciones anteriores de descubrimientos válidos de principio físico, así incluso la existencia de tal uso de la lengua misma nos une a cada uno de los vivos al largo proceso de nacimiento y desarrollo de semejantes formas de lenguaje. Sin embargo, para estar de acuerdo sobre el significado de este hecho ostensiblemente autoevidente, primero debemos dejar claro para nosotros mismos qué representa un desarrollo saludable del uso de una lengua.

Aquí, debemos apartarnos de la actual tendencia académica habitual, la tendencia a equiparar el lenguaje oral y el escrito con una correspondencia uno a uno con una visión puramente deductiva, más o menos conductista de las matemáticas, con o sin los elementos de color, llamados emociones, sumados a las formas meramente deductivas de estructuras simbólicas como tales. Como lo ilustran más claramente todas las formas exitosas de composición artística clásica, la esencia de las formas de comunicación relacionadas con la cognición es el principio de la metáfora clásica. Con relación a las matemáticas formales de salón de clases, la distinción característica de la metáfora respecto a la forma puramente deductiva del uso del lenguaje es el argumento en la forma de lo que Leibniz identificó como *análisis situs*, más o menos de la forma en que Riemann adopta una noción relacionada.²³

En una aproximación pertinente, una metáfora es una brecha manifiesta, una paradoja aparente, que no se puede llenar con métodos de argumento deductivo. Es, de acuerdo con la definición moderna aceptada en el idioma inglés, la de William Empson, la forma última y fundamental, relativamente absoluta de ironía literaria.²⁴ En todos los casos que Empson da como tipos, el principio del *análisis situs* está presente explícita o aproximadamente. El simbolismo es la forma inferior de ironía, y tiende a menudo a ser la más falsa y degradante. La metáfora es la forma perfecta de expresión de la ironía, del *análisis situs*, y lo que es más importante, es aquella sobre la que deben descansar los argumentos más profundos, como el descubrimiento de principios universales.

Así, en el grado en que, de niños y de adolescentes, y a edades mayores también, somos instruidos cognoscitivamente, cada cual encarna una cantidad correspondiente de reexperimentaciones cognoscitivas, y también paradojas, que hemos adquirido, de este modo, de las generaciones que nos precedieron. Dado que el acto cognoscitivo de adquirir tal conocimiento y preconocimiento juntos, ocurre dentro de nuestros procesos mentales perfectamente soberanos, cada uno suministra, en consecuencia, potencialmente, un vínculo necesario en la transmisión de dicho conocimiento, de nuestros predecesores, a los que vienen después de nosotros. Las acciones de la sociedad que se derivan, tanto en lo potencial como en

22. Recuerden que los principios físicos mismos están ordenados en tres conjuntos de multiplicidades pluriconexas de tipo riemanniano: principios derivados de procesos físicos no vivos, principios físicos distintivos de los procesos vivos, y principios físicos particulares de los procesos cognoscitivos comprobables como tales.

23. Por ejemplo, Bernhard Riemann, *Theorie der Abel'schen Functionen* (1857), *Werke*, págs. 88-144.

24. William Empson, *Seven Types of Ambiguity*, (Middlesex, Penguin Books, 1961).

la práctica, de esa provisión así transmitida y generada de conocimiento cognoscitivo, son el medio por el cual la humanidad actúa sobre el universo a fin de aumentar la densidad relativa potencial de población de nuestra especie. Ya que la acción cognoscitiva individual, de la que depende absolutamente esta transmisión, es, ontológicamente, la acción cognoscitiva soberana de cada individuo, cada individuo así comprometido representa un vínculo permanente —es decir, inmortal— en esa cadena del desarrollo humano, un vínculo que ha de encontrarse, según corresponda, en el Cielo o en el Infierno.

Por tanto, veamos el universo de un modo diferente.

En primera instancia, la madeja de la existencia humana en su conjunto —pasada, presente y futura— se puede conceptualizar como un proceso ontológico permanente de cambio constante, definido desde el punto de vista de un principio universal de cognición eficiente. Esto puede concebirse como si toda la eternidad no existiese sino como un instante. Pero, dentro de ese instante eterno, existe un principio ordenador, ordenador del antes y el después, como define tal sucesión la acción cognoscitiva. El tiempo y el espacio, en el sentido del espacio-tiempo “euclidiano”, se desvanecen, dejando únicamente el residuo de la acción cognoscitiva, un ordenamiento del antes y el después, dentro de esa simultaneidad de la eternidad ordenada internamente, de manera cognoscitiva. La acción se conserva, donde el tiempo y el espacio permanecen sólo relativos.

Así, tenemos la siguiente paradoja ontológica decisiva por resolver. *Según el evangelio de Juan, Jesucristo, nacido hace poco más de 2.000 años, existe con Dios Padre desde el comienzo de los tiempos, habitando en ese momento llamado eternidad, definido por la cognición creadora.* Esta paradoja apunta directamente a la verdad subyacente del misterio del cristianismo. Eso define también la naturaleza del cristianismo, y expone además, de una forma más profunda que nunca antes, la verdadera naturaleza del hombre.

Cierto, no podemos suponer que muchos creyentes cristianos hayan concebido hasta ahora el ordenamiento exactamente de la forma en que lo he descrito hasta aquí. No obstante, para cualquier cristiano (esto es, una persona situada, esencialmente, en la conexión viva eficiente implícita entre la persona individual mortal y el Cristo vivo crucificado), precisamente tal relación implícita, personal, es esencial. La imagen que he esbozado de esta manera no es fantasía. Lo que he descrito es la realidad física demostrable de un universo trazado así, de acuerdo a la cognición (es decir, la Razón) como principio ordenador supremo. La prueba científica de ese hecho es elemental; la he expresado en muchas ocasiones anteriores.

En consecuencia, a ese respecto, tenemos la siguiente paradoja adicional a considerar, la paradoja de la creación en general.

Cuando la humanidad actúa conforme a un principio físico universal descubierto, el universo obedece esa orden cog-

noscitivamente generada. El poder de la humanidad en y sobre el universo aumenta. Es, pues, como si el universo estuviese predispuesto a obedecer sólo tales órdenes, como si hubiese sido prediseñado así: *como argumentaba Platón, como si estuviese compuesto por su Compositor.* El progreso científico, cuando se mide por el aumento de la densidad relativa potencial de población, desde el punto de vista de una ciencia de la economía física, representa “el gran experimento” del que depende absolutamente la autoridad de la ciencia.

Por tanto, en semejante acción, la humanidad se autoexpresa, a través del fruto de la cognición individual, como un ser hecho a imagen del Creador del universo.

Lo que he descrito de esta manera es una imagen del universo real que hay que contrastar, para que las reemplace, con las presunciones infantiles y pueriles que le atribuyen la realidad primaria a la percepción sensoria y a la respuesta hedonista a los objetos de la percepción sensoria. Tal es la distinción esencial en calidad mental entre un representante moralmente maduro de la especie humana, y esas clases de sujetos moralmente infantiles entre las que encontramos a un gobernador Bush o un vicepresidente Gore. Sin embargo, mientras que la mente cultivada de un científico debiera ser capaz de comprender la distinción axiomática que acabo de describir, pudiera todavía no “sentir” la distinción, mientras no lleve el asunto un paso decisivo adelante.

Es una necedad común entre los científicos físicos supuestamente bien preparados, mucho más entre los actuales que entre los nacidos en el lapso que abarca las dos guerras mundiales, que tiendan a salir cognoscitivamente muertos del laboratorio experimental para tomar su puesto frente al pizarrón. En el mejor de los casos, ubicado ante el pizarrón, semejante personaje respondería a una paradoja decisiva diciendo: “Ya veo lo que quieres decir”; pero, al mismo tiempo, el reconocimiento es esencialmente una formalidad académica, y no representa un acto de comprensión. Sigue siendo, en mayor o menor grado, una formalidad académica. No “siente” el hecho que ha reconocido; no tiene, en esa medida, una expresión de pasión cognoscitiva.²⁵

En esta coyuntura, es esencial subrayar de nuevo un punto antes señalado. Que el efecto de la relación de la humanidad con el universo físico se debe medir en valores per cápita y por kilómetro cuadrado de densidad relativa potencial de población, pero que la acción por medio de la cual se motiva y, en consecuencia, se consuma este progreso, no yace en el dominio de esa observación, sino únicamente dentro del aspecto cognoscitivo de las relaciones sociales. Aquí, únicamente en ese último dominio, puede uno “sentir” la distinción moral en cuestión. Uno puede sentir ira, por ejemplo, pero

25. Entre los ejemplos más sorprendentes de esto, está la común elusión de los hechos que demuestran que los procesos vivos representan la existencia de un principio físico universal, de vida, que no se puede derivar de los procesos no vivos. Las pruebas son concluyentes; pero falta por lo general la pasión necesaria para enfrentar las implicaciones de esa prueba, excepto en personas como Pasteur y Vernadsky.

no la cualidad de motivación (pasión) propia del propósito cognoscitivo de una acción.

La experiencia de “sentir” esa distinción yace en el dominio de los modos clásicos de composición artística. Aquí, en este dominio, nos elevamos por encima del pensador abstracto individual que actúa en función de principios físicos universales descubiertos; dejamos el dominio de las meras sombras, de las personas degradadas por la lógica deductiva a meros objetos abstractos, y entramos al dominio de los verdaderos seres humanos. En este último dominio, experimentamos esas pasiones a través de las cuales se motiva la cooperación para dominar el universo.

Así, el cristiano no actúa en razón de la idea científica de Cristo, sino porque ama a Cristo, según definen Platón y el apóstol Pablo la cualidad del *ágape*, de lo cual trató el gran Brahms de dar una idea en sus *Cuatro canciones serias*, sobre todo en la parte final. Por eso, héroes y mártires mueren. La imagen de la Juana de Arco de Federico Schiller retrata esta pasión suya en los últimos momentos de su vida. En la gran composición artística clásica se ensayan y fortalecen dichas cualidades indispensables de pasión.

Es precisamente esa misma cualidad de pasión la que se debe despertar entre nuestro propio pueblo, si es que hemos de reunir entre nosotros la voluntad de liberar a la civilización de la atroz calamidad que se cierne en estos momentos sobre el mundo.²⁶ Las lecciones que se aplicaron para darle vida al Renacimiento de Oro, incluido el nacimiento de la ciencia experimental moderna, no fueron meras cuestiones de formalidad; fueron cuestiones de una gran y profunda *pasión*. Por tanto, aunque sólo unas cuantas personas especiales son capaces de elevarse a la cualidad cognoscitiva de devoción que describe mi esbozo anterior, la lección del cristianismo por casi 2.000 años, muestra cómo la idea de una relación personal con Cristo vivo crucificado le dio a la civilización europea ese grado de pasión, ciertamente imperfecta, por la Razón, que ha resultado esencial para llevar a la civilización a los niveles alcanzados por el Renacimiento del siglo 15 y su progreso real en la condición humana desde entonces.

En realidad, el cristiano así movido está motivado por sentir una relación personal viva con un Cristo vivo. Que esto significa que Cristo vive hoy en la simultaneidad de la eternidad puede que esté más allá de las facultades desarrolladas de la comprensión de esa persona; pero, su pasión respecto a esa relación con el Cristo vivo es eficiente, aun si el cristiano tropieza en el esfuerzo por explicar esa relación. De este modo, una persona puede sostener, bastante correcta y apasionadamente, que Él existe y está vivo, aunque los detalles de la prueba científica puedan estar más allá de sus facultades presentes de comprensión.

A partir de esa observación, vemos en los altibajos del desarrollo de la civilización europea hasta la fecha, cómo los períodos de complacencia moral tornan a nuestro pueblo

moral e intelectualmente indiferente, como se quejaba de sus hermanos atenienses el anciano Solón. Sin embargo, vemos también que, a veces, la amenaza o la certeza de terribles tribulaciones despierta en la gente una voluntad de arriesgar mucho, aun la vida misma, para defender a la civilización del desastre y hasta hacerla progresar un tanto. La interrogante es: ¿de dónde pueden sacar la pasión necesaria para actuar de este modo, la pasión —en la ciencia militar alemana, el *Entschlossenheit*— necesaria para autorrescatarse de la nueva era de tinieblas inherente a su actual condición de mayúscula necesidad?

Cuán a menudo la gente dice: “Entiendo lo que dices, y a lo mejor tengas razón; pero tengo que seguir con Fulano”. Esa es precisamente la forma en que vienen destruyendo el potencial futuro de los Estados Unidos como nación la mayoría de sus ciudadanos, como los que argumentan: “Pero es que tengo que ser práctico. Tengo que apoyar a Gore, aunque para eso me tenga que tapar la nariz”. Esos ciudadanos no desean ser malvados, pero se vuelven malvados de hecho, como el Hamlet de Shakespeare, cuando carecen de la pasión para salvar a su nación y salvarse ellos mismos del peligro que tan claramente se cierne sobre nosotros. Carecen de esa cualidad de pasión por medio de la cual las mentes más grandes de la Europa de siglo 15 sacaron un gran Renacimiento de entre el montón de escombros que dejó la era de tinieblas del siglo 14.

Es precisamente en esto donde hay que traer a la memoria la imagen del Nuevo Testamento de Cristo en Getsemaní. Para los cristianos, por casi 2.000 años, la esencia del sentirse unidos personalmente a Cristo se resume en las secciones del Nuevo Testamento que abordan la cuestión de la pasión de Cristo en Getsemaní. La médula de esta cuestión del Cristo crucificado se presenta en el evangelio de Juan, en el capítulo 12, versículos 23-40, que hacen eco de Mateo 17:21-23. De la lectura de estas secciones de los Evangelios, Juan Sebastián Bach elaboró esos magnos servicios conocidos como sus Pasiones de San Juan y San Mateo.

Oigan esas pasiones de Bach como se oirían si el propio Bach dirigiera su ejecución. Siéntense entre la congregación, en la iglesia donde Bach condujo. Escuchen la partitura como Bach quería que se ejecutara, no como un mero entretenimiento para el espectador, sino como un gran diálogo musical socrático entre el compositor, los solistas, el coro y la congregación participante. Ahí, en estas pasiones de Cristo así reescenificadas, resuena esa pasión esencial del cristianismo de la que ha dependido la motivación eficaz de todos los logros fundamentales de la civilización europea moderna.

Con esas pasiones de Bach resonando en la mente, contemplemos la muerte de los cristianos en la arena de Nerón, bajo el pulgar inclinado de la opinión popular romana. Sintamos así la pasión que ha protegido la idea del cristianismo del entorpecedor puño de la pedantería doctrinaria y los entusiastas pornógrafos de púlpito, y que le ha dado a los cristianos esa pasión —de nuevo, el *Entschlossenheit*— sin la cual ni el

26. En alemán, a esto se le llama *Entschlossenheit*.



Presentación de la Pasión de San Juan de Bach por el Instituto Schiller en Ampfing, Alemania 1998. "Ahí, en estas pasiones de Cristo así reescenificadas, resuena esa pasión esencial del cristianismo de la que ha dependido la motivación eficaz de todos los logros fundamentales de la civilización europea moderna."

Renacimiento del siglo 15, ni el inicio de la ciencia experimental moderna por parte de ese Renacimiento, ni todos los demás beneficios de la civilización europea moderna hubiesen podido ocurrir.

Estudiando más de cerca los grandes períodos y los intervalos más cortos de depravación moral e intelectual que se han apoderado de los Estados Unidos en el lapso que se inicia con el asesinato de McKinley, así como el hundimiento de las tres últimas décadas en un pantano moral e intelectual, reconocemos que el peor daño lo hicieron las tentaciones de las formas degradadas de entretenimiento placentero, sobre todo las populares.

El rasgo esencial de tal degradación queda bien representado cuando se examina la influencia de los círculos de degenerados morales como Bertrand Russell, y los círculos de existencialistas ejemplificados por la mentada "Escuela de Frankfurt" de Teodoro Adorno y Hannah Arendt, y compañía, así como del mismo punto de vista existencialista del nazi Martin Heidegger, íntimo de Arendt y seguidor del satánico Nietzsche. Estos tipos se concentraron en negar la noción de la existencia de la veracidad, y llevaron así a sus embaucadas víctimas a huir hacia la inmoralidad de la confianza en las pasiones propias de la certeza sensoria del pragmatismo amoral. Así, nuestra promisoría civilización europea moderna una vez más ha resbalado a la depravación que encarna el legado de la Roma pagana. Esto, y lo que representa, es nuestro enemigo interno.

Exactamente así, hasta hace cerca de 35 años, la civilización cristiana fue corrompida en grande a partir de dos fuentes principales. Una fue la pueril pobreza moral e intelectual del pueblo y su cultura, hablando en general. La segunda fue el papel de los opulentos círculos familiares oligarcas, cuyo instinto era degradar a la gente, por lo general a algo parecido

a un ganado humano embrutecido, por medio de espectáculos deportivos al estilo de la arena romana o espectáculos dignos de un burdel y formas similares de entretenimiento popular, para poder gobernarla. Para esto último, como la oligarquía pagana de la antigua Roma, transformaron a los que conservarían como ganado humano en espectadores, henchidos de placer, de entretenimientos degradados, incluidos grandes espectáculos públicos como los de "Hollywood" y los espectáculos deportivos actuales, y los de la arena romana pagana anteriormente. La influencia de la simonía practicada por las familias rentistas-financieras opulentas y de inclinación oligárquica —incluidas las contribuciones financieras dizque caritativas— ha sido el instrumento principal que impulsa la corrupción, por ejemplo, en la forma del existencialismo moderno, dentro de las iglesias cristianas. Este fenómeno ha sido especialmente notable desde mediados de los sesentas.

Si el pobre no acude en apoyo de sus propias causas, el rico comprará baratas las almas de los pobres y oprimidos.

Durante las últimas tres décadas y media, desde la crisis de los cohetes de 1962 y el asesinato del presidente John F. Kennedy, el nivel moral de la población en general ha sido degradado a un nivel más o menos tan malo como el de la Guerra de los Treinta Años (1618–1648) y la notoria depravación que se apoderó tanto de los gobernantes como de la población en general de la Inglaterra de Walpole. Esta nueva ola de depravación cultural en la que los Estados Unidos posteriores a Franklin Roosevelt se han hundido del modo más impresionante desde las secuelas del asesinato del presidente John F. Kennedy, ha llevado a los Estados Unidos del mero riesgo previo de una nueva Gran Depresión a la presente posibilidad, determinada culturalmente, del descenso inminente en una nueva era de tinieblas. El síntoma más evidente del impacto de la revolución contracultural posterior a Kennedy

es la depravación que se ha apoderado, de diferentes maneras y a tal extremo, de las iglesias, o simplemente despoblado las bancas de las parroquias.

La pérdida de cualidades artísticas clásicas de pasión, moralmente elevadas, crea el vacío que vienen a ocupar las depravaciones de la pedantería y el hedonismo, y es lo que hizo del siglo 20 una pesadilla. Es el desencadenamiento de una combinación de positivismo radical y existencialismo francamente satánico, como el de Adorno, Arendt, Heidegger, el clon de Heidegger, Jean-Paul Sartre, y el clon satánico de Sartre, Frantz Fanon, lo que representan la maldad pura que ha dominado el proceso de decadencia interna de la civilización europea extendida mundialmente, y de las iglesias y sinagogas dentro de ella, en los últimos 35 años.

Con las consecuencias inmediatas de la muerte de esa especie de Solón del siglo 20, el presidente Franklin Roosevelt, los ciudadanos de los Estados Unidos comenzaron a degenerar moralmente, bastante rápido, del modo en que el poema de Solón refiere la decadencia de aquel pueblo de Atenas al que había guiado a su rescate. El pragmatismo de los mitos de "cuello blanco" y "el hombre de la empresa" reflejan la podredumbre de la moralidad de los nuevos habitantes de los fraccionamientos clasemedios de los cincuenta. Esto, a su vez, creó la erupción de indiferencia moral que caracterizó la contracultura del rock, las drogas y la degeneración sexual, posterior a Kennedy, que desembocó en la defensa satánica de los valores arbitrarios y la mera opinión contra cualquier amenaza de usurpación por parte de la verdad. Sin la pasión por la verdad, no es probable que nada atraiga a los condenados fuera de las malditas Ciudades de la Planicie. Ni siquiera los más entusiastas hipócritas cristianos de esta época son en realidad mejores; son sus cuentas bancarias y placeres lo que estos hedonistas corruptos de esas iglesias desean que Dios sane, no sus almas, no su civilización.

De este modo, he resumido el argumento en el que debe situarse y comprenderse el misterio de Cristo, no sólo entre los cristianos, sino dentro del escenario del gran diálogo de las culturas que ha descrito el honorable presidente de Irán.

El Renacimiento de Oro

El Renacimiento del siglo 15 fue el nacimiento de la civilización europea moderna, y la expresión de las más nobles de entre las combatidas fuerzas que, desde entonces, dominan, en lucha con sus contrincantes, el campo que ha sido la civilización. Desde entonces, en la civilización europea moderna no encontramos nada de importancia decisiva, en el último medio milenio, que sea tanto bueno como novedoso, que no derive de ese Renacimiento. Todas las cosas de importancia que ocurrieron después dentro de la civilización europea, que fueron antagónicas a los frutos de la forma cristiana renacentista de la cultura griega clásica, han sido una contribución a lo que podemos calificar con justicia hoy día, sin exageración, como obra del propio Demonio.

Para comprender las circunstancias en las que ocurrió esta renovación del cristianismo en la Europa del siglo 15,

debemos volver la mirada a la época del emperador Hohensaufen Federico II, y examinar, bajo esa luz, la subsecuente depravación relativa a la que fue degradada la civilización europea a través de las guerras oligárquicas de la Liga Güelfa, orquestadas por Venecia. El motivo esencial de esas guerras era la perpetuación de la forma mundializada del sistema feudal, en contra, inicialmente, de Federico, pero también, desde el comienzo, contra la totalidad del surgimiento de Europa que se remonta desde Alcuino y Carlomagno hasta el período de la construcción de las grandes catedrales en el espíritu agustino desplegado en Chartres.²⁷

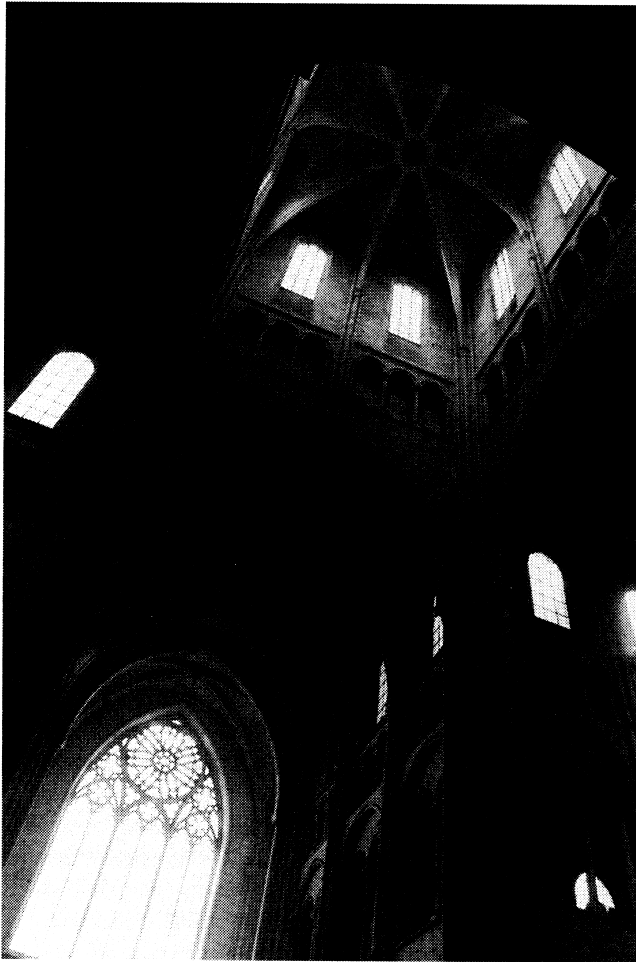
Durante ese período de más de cien años que siguió al mismo período en que los alemanes derrotaron la invasión mongola, en Wahlstatt, en 1241, hasta el período de la pandemia de la Peste Negra en Europa occidental, las depredaciones de la Liga Güelfa redujeron el número de parroquias y el de la población aproximadamente a la mitad. Los ciento y pico de años entre el lanzamiento de esas guerras de la Liga Güelfa y la consecuente era de tinieblas de mediados del siglo 14, identifican lo esencial de la autodegradación moral y física de la que levantó a Europa el Renacimiento del siglo 15.

Las acciones de la Liga Güelfa encontraron su paralelo, más tarde, en los métodos desplegados por Venecia desde principios del siglo 16 para tratar de arruinar los beneficios del Renacimiento de Oro.

La pleamar de ese Renacimiento la representaron la Florencia de Cosme de Médici, Georgios Gemistos (Plethón) y Felipe Brunelleschi, el gran concilio ecuménico de Florencia, la influencia de Nicolás de Cusa y los pasos sucesivos de la fundación de la forma moderna de Estado nacional soberano, por parte de la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII. La alianza de los amigos de Leonardo en Italia y Francia, el descubrimiento de América y la cooperación entre España e Inglaterra en la época de la reina Isabel de España y Enrique VII de Inglaterra, ejemplifican el benéfico nuevo orden que cobró existencia como parte de este Renacimiento.

En las secuelas de la traición y derrota de la coalición antiveneciana de la Liga de Cambrai, y de que España se pasó al lado de los enemigos del Renacimiento, Venecia logró provocar un gran cisma religioso, puso a Inglaterra y a España la una contra la otra, instauró la corrupción que fue el reinado de Enrique II en Francia, y hundió a Europa en guerras religiosas por la mayor parte de la era de tinieblas de 1513 a 1648:

27. Cuando Venecia consiguió poner en marcha otra cruzada más, la Cuarta Cruzada (1202-1204 dC), esta vez para establecer el Reino Latino, y empezó la embestida casi simultánea de las invasiones mongolas a Europa occidental, la República de Venecia emergió como el poder imperial dominante de facto en la región mediterránea, posición imperial que mantuvo hasta fines del siglo 17. En el curso de los siglos 16 y 17, Venecia obtuvo una fuerte posición en la corte de Enrique VIII, y, posteriormente, consolidó su dominio sobre la monarquía inglesa a través de los agentes de Paolo Sarpi. Guillermo de Orange representa la toma tanto de los Países Bajos como de las Islas Británicas por los intereses rentistas financieros venecianos en el intervalo de 1688 a 1714, proceso de toma de control que concluyó con la Guerra de Sucesión Española y el ascenso de Jorge I al flamante trono británico del Reino Unido.



La catedral de León en Francia. Las guerras oligárquicas de la Liga Güelfa, orquestadas por Venecia estaban dirigidas a “la perpetuación de la forma mundializada del sistema feudal, en contra, inicialmente, de Federico, pero también, desde el comienzo, contra la totalidad del surgimiento de Europa que se remonta desde Alcuino y Carlomagno hasta el período de la construcción de las grandes catedrales en el espíritu agustino desplegado en Chartres.”

de la consolidación de la victoria de Venecia sobre la Liga de Cambrai hasta el Tratado de Westfalia de 1648. Todo esto fue una guerra sangrienta, orquestada por la oligarquía financiera de Venecia, tanto contra el Renacimiento en general, como contra la institución de la forma europea moderna de Estado nacional soberano en particular.

Por eso, tras la derrota de la Liga de Cambrai, la alianza entre Francia, España e Inglaterra no sólo quedó arruinada, sino transformada en una guerra que dominó la mayor parte de la historia europea desde comienzos de las guerras religiosas del siglo 16 hasta la conclusión, en 1714, de la Guerra Española de Sucesión. Europa todavía sangra por la cadena de consecuencias de la perfidia que permitió a Venecia derrotar a la liga de Cambrai.

No hay excusa tolerable para la Liga Güelfa, como no la hubo para el posterior lanzamiento de las guerras religiosas

de 1618–1648 en Europa, ni para los criminales que actuaron para evitar que Wallenstein alcanzara el acuerdo de paz que hubiese podido llevar a su fin esa guerra injustificada. No hay excusa tolerable para la conducta de los adversarios de Federico II, y ninguna excusa imaginable verdaderamente cristiana para la conducta de Felipe II de España y compañía, cuando lanzaron las guerras de los Países Bajos, o la criminal intervención de la casa española contra los esfuerzos de Wallenstein por terminar la inútil carnicería. Estas guerras de 1513–1648 pertenecen a un período que ha sido correctamente descrito como “una pequeña era de tinieblas”, un período de guerras religiosas orquestadas por Venecia, por motivos prácticamente idénticos a los de la Liga Güelfa dirigida por Venecia anteriormente.

En el caso de locuras semejantes, como el resultado de la reciente y prolongada guerra estadounidense en Indochina, hay pruebas decisivas intrínsecas al carácter del propio resultado, que atestiguan de modo concluyente la depravada calidad de la acción y la política que provocó tal efecto. En los casos citados, la apología de la guerra prolongada es quizás un crimen aún mayor que la guerra prolongada misma, con efectos que perduran hasta nuestros días. Una guerra malvada ocurre, pero las apologías de esa maldad, como la versión de la doctrina de la “guerra de gabinete” de la lucha perpetua de Hobbes que corrompe a los trastornados y decadentes oficiales militares estadounidenses influidos por los británicos y a otros en nuestros días, infecta el futuro con una maldad tal vez peor que la que haya existido en el presente o el pasado. En el curso de la historia conocida hasta la fecha, tales apologías son más comunes entre las doctrinas que prefiguran y le abren paso a una nueva edad oscura de la humanidad.

Bajo las directrices continuas de la Liga Güelfa dirigida por Venecia, durante lo que fueron más de cien años, la civilización europea fue no sólo destripada, sino moral y demográficamente degradada por los triunfos güelfos, lo que produjo una condición moral y física degradada de Europa, con condiciones físicas mucho peores que las que habían existido al principio. Para acciones como las directrices que desataron y, peor que eso, perpetuaron la guerra de 1618–1648, no hay apología ni moral ni teológicamente tolerable. Ciertamente, en este último caso, ninguna solución era posible, mas que la adoptada en la forma del Tratado de Westfalia: hacer borrón y cuenta nueva de los agravios y otras locuras planteadas y perpetradas por cada una de las partes. Lo mismo debe decirse de la depravación moral propia de la perversa colusión entre ese par intrínsecamente depravado, el neothatcherita Tony Blair de la Gran Bretaña, y la acólita confesa de H. G. Wells, la secretaria Albright, para lanzar y prolongar hasta el presente la guerra de la OTAN contra Yugoslavia, o, de manera similar, el bombardeo continuo de Irak.

Afortunadamente, fue con un trasfondo semejante que, durante fines del siglo 14, emergió en Europa, como en la Florencia azotada por la plaga, que inicialmente había sido un baluarte de los autocondenados banqueros lombardos de principios del siglo 14, un nuevo movimiento que aprovechó

la condición de autodebilitamiento de Venecia y sus cómplices para lanzar lo que se convirtió en el Renacimiento de Oro.

El hilo decisivo de continuidad de Dante Alighieri a Petrarca y al Renacimiento de Oro es un hito clave para comprender qué sucedió. Es decisivo la obra de Dante de poner las piedras angulares, tanto para una transformación, en el sentido clásico, de las lenguas populares y las culturas nacionales como para la fundación de un sistema de repúblicas nacionales soberanas concebidas en el mismo espíritu que los esfuerzos de Dante por elevar el lenguaje popular a la calidad propia del trabajo de gnomición.

Fue el impacto cultural, y el descrédito concomitante de la política de la Liga Güelfa, descrédito producido por la era de tinieblas, lo que creó el espacio en el que se movilizaron los organizadores del Renacimiento de Oro. Fueron características la gran orden docente de los Hermanos de la Vida Común (más tarde suprimida por la facción proveneciana, antirrenacentista de mediados del siglo 16), y la fundación de la gran restauración clásica griega, en Padua, a comienzos del siglo 15. Este último fue el reflorecimiento clásico griego que produjo las principales fuerzas intelectuales del Renacimiento, representadas por el cardenal Nicolás de Cusa y sus amigos. Los Hermanos de la Vida Común de Tomás de Kempis, representan el método de enseñanza que produjo cantidades de los más grandes conductores del Renacimiento, representados por figuras del rango de Cusa y Erasmo de Rotterdam.

La esencia del Renacimiento está representada en dos obras del joven Cusa, su *Concordancia Catholica*, de la que dependió la concepción de la forma soberana moderna del Estado nacional, y la fundación de la ciencia experimental europea moderna en su *De docta ignorantia*. Estas dos obras, con el gran Concilio Ecueménico de Florencia, que Cusa hizo tanto por organizar y que se sitúa entre ellas, encarnan ese Renacimiento en su conjunto. El primer libro, *Concordancia Catholica*, expuso el argumento sobre el que se basó la fundación, en ese siglo, de los dos primeros Estados nacionales modernos. El segundo, *De docta ignorantia*, fundó la ciencia física experimental moderna de Leonardo da Vinci, Johannes Kepler, Godofredo Leibniz, Carl Gauss y Bernhard Riemann. Fue la confluencia de estas dos nuevas instituciones, el uso de los principios clásicos griegos de composición artística para la creación del Estado nacional soberano moderno, y el fomento del progreso impulsado por la ciencia en la capacidad productiva del trabajo per cápita y por kilómetro cuadrado, lo que representó la esencia distintiva de los logros revolucionarios de la civilización europea moderna extendida mundialmente.

Y, al contrario, es el abandono de la interdependencia funcional de esos dos principios, por las corrosivas influencias de los cultos paganos de la globalización y la "ecología" del desafortunado vicepresidente Al Gore, lo que ha hecho más, en las últimas décadas, por engendrar la espiral del hundimiento físico económico en curso de Europa y América.

La colonización de América, el desarrollo de la ciencia moderna por la obra sucesiva de Luca Pacioli, Leonardo da

Vinci y Johannes Kepler, y la revolución en la composición artística clásica una vez guiada por Leonardo y sus seguidores, ejemplifican este Renacimiento, como lo hacen las revoluciones políticas sucesivas de la Francia de Luis XI y la Inglaterra de Enrique VII, con la fundación de las formas pioneras del Estado nacional soberano moderno.

Los creadores del Renacimiento tenían una pasión por la verdad, y una pasión por el conocimiento necesario para encontrar la vía de su realización. Las figuras públicas que dirigieron el antirrenacimiento del siglo 16, conducido por Venecia, reconocieron en cualquier celo público por buscar la verdad una amenaza a los sistemas de su oligarquía financiera y sus patrocinadores y pagadores aristócratas feudales. Estos corruptos adversarios del Renacimiento idearon sofisterías en las formas de mitos mixtos, completas mentiras, métodos terroristas de tiranía y argumentos deductivos engañosos —lo que hoy en día se llama "darle cierto giro a las cosas"— para forjar doctrinas políticas y religiosas con cuyo auxilio se promovieron las devastadoras guerras religiosas del intervalo de tinieblas de 1513 a 1648.

Por lo demás, una vez dicho lo anterior para identificar las conexiones históricas pertinentes, yo he escrito tanto y con tanta frecuencia sobre las cuestiones del Renacimiento de Oro en los últimos treinta años, que no me veo obligado a esbozar aquí otra vez en detalle los rasgos principales de esa historia. Baste con lo antedicho, y unos cuantos puntos pertinentes decisivos que añadiré ahora.

El rasgo institucional central del Renacimiento de Oro es que ha representado revolución política, la más grande en la existencia conocida de la humanidad, la introducción del principio de la forma europea moderna de Estado nacional soberano.

Este Renacimiento, cuando se considera como una revolución política ejemplar, tomando en cuenta todos sus rasgos característicos, representa el tercer gran acontecimiento revolucionario de toda la historia de la civilización europea extendida mundialmente. *Por vez primera en toda la existencia actualmente conocida de la humanidad, la totalidad de la población de una nación fue elevada de un virtual estado de ganado humano a una condición política que, en principio, si no siempre en la práctica, es congruente con el principio cristiano de que todas las personas están igualmente creadas a imagen del Creador, y que la promoción eficiente del bienestar general de todas y cada una de esas personas y su posteridad es la única base de la legitimidad del gobierno.* Por esa razón, la noción renacentista del Estado nacional perfectamente soberano ha sido la línea divisoria entre el bien y el mal, tanto dentro como fuera de las iglesias, desde entonces.

Sin el cambio revolucionario que en las creencias religiosas creó Cristo y difundieron los apóstoles cristianos y los mártires, la creación de la forma soberana moderna del Estado nacional no hubiese sido posible. Fue la pasión intrínseca del cristianismo lo que movió y fue liberado por el Renacimiento de Oro.

Tres elementos principales combinados dan cuenta de la posibilidad de este Renacimiento.

Primero, el viejo y derrumbado orden estaba desacreditado, tal como el sistema del “libre comercio” y la “globalización” está por convertirse rápidamente en objeto de odio y desdén, por todo el mundo, muy pronto.

Segundo, había un núcleo de nuevos conductores calificados para inspirar a un creciente número de personas a un renacimiento basado en la herencia cristiana de la Grecia Clásica.

Tercero, la principal competencia de esos líderes del Renacimiento era la pasión pertinente por la cognición, preferida por sobre la esterilidad relativa del método deductivo; el cardenal Nicolás de Cusa representa a aquellos así inclinados y preparados, por medio del trabajo cognoscitivo, para su papel.

Para nuestros propósitos en este informe, bastaría concentrar la discusión del Renacimiento en sí mismo en esos tres elementos.

Para apreciar las raíces de ese Renacimiento, debemos tomar en cuenta el hecho continuo, de que la maldición de la civilización europea medieval y moderna, hasta nuestros días, ha sido el legado del Imperio Romano y su doctrina bestial de la *vox populi* (por ejemplo, la “opinión popular”, las “costumbres establecidas”, el “gusto popular”, la “moda popular”, el “entretenimiento popular”). Esta es la maldad del legado pagano de habla latina, como lo documentó Agustín.

En la historia del feudalismo europeo, la forma específica en la que persistió este legado imperial romano, fue, de manera más notable, tanto la influencia de la práctica de crecimiento poblacional cero impuesto por el Código de Diocleciano, y en la imposición continua de ese código por los enemigos bizantinos de Alcuino y Carlomagno.²⁸ De manera que, a pesar de libertadores como Carlomagno, y sucesores de Carlomagno como el emperador Federico II, la noción feudal del “imperio del derecho” sigue siendo hasta la fecha esa decadente perversión oligarca del recientemente desacreditado diputado republicano estadounidense Unidos Henry Hyde, o la brutal Carta Magna, el imperio del derecho feudal, imperio por medio de la globalización, por medio del legado de la ley imperial, que se remonta de la antigua Babilonia al código del emperador Diocleciano. Esa idea de un sistema axiomáticamente irracional de “imperio del derecho” es la maldad que debemos obrar en concierto para destruir, si es que el mundo no cae antes en una nueva gran era oscura a escala planetaria, con una duración de varias décadas o mucho más.

28. Típico de esa corrupción bizantina es el engaño prooligárquico conocido como “la Donación de Constantino”.

Como lo ejemplifica la vida de Abelardo de París, la forma política de la gran lucha por establecer formas de sociedad eficientemente comprometidas con el principio del hombre hecho a imagen del Creador, se concentró en la cuestión de la educación de los jóvenes, sobre todo la educación de huérfanos y niños de familias de los estratos sociales más bajos, de manera más notable, muchachos de las poblaciones urbanas. Si las naciones han de autogobernarse conforme al derecho natural, en vez de caer en la corrupción inmoral de la mera costumbre (por ejemplo, la “tradicición”) como tal, ¿dónde habremos de encontrar los gobernantes calificados para cumplir esa función, y la población general que apruebe y apoye un orden político y social semejante? Esto no es posible en una nación tal como la primitiva sociedad inglesa descrita, alegóricamente, por Jonathan Swift: una nación de *houyhnhnms* y *yahoos* como la que se están volviendo los Estados Unidos, arruinados por el entretenimiento popular.

Todas las grandes órdenes religiosas docentes, los agustinos y otros, como los Hermanos de la Vida Común, concentraron su obra en esta misión. En los casos más relevantes, como lo ilustra la batalla de Abelardo contra la sinrazón, el punto decisivo de la política educativa era que el joven no debía inclinarse en ciega obediencia a la instrucción impartida por el maestro, sino que debía reexperimentar el descubrimiento y validación de esas ideas demostrablemente verdaderas que más se acercan a los principios universales. En breve, la cuestión era elegir entre defender “lo que se me ha enseñado a decir”, y estar calificado para expresar y defender ideas que uno ha descubierto, y comprobado de nuevo, a través de actos de cognición, en lugar de aprendizaje.

Solamente el que ha rechazado el dominio del mero aprendizaje de veras sabe algo. Este método para el desarrollo del verdadero conocimiento, el conocimiento veraz, es el método socrático; es el método de la *docta ignorantia* que Luca Pacioli, Leonardo da Vinci y Johannes Kepler, entre otros, adoptaron del trabajo del fundador intelectual del Estado nacional moderno y de la ciencia física experimental, el cardenal Nicolás de Cusa. Es este método de la ciencia física del que depende, sin excepción, que la civilización moderna evite una nueva era de tinieblas; es el método socrático del que dependemos absolutamente para esos principios clásicos de composición artística sin los cuales no sería posible la cooperación efectiva en el descubrimiento y la aplicación de principios físicos universales.

La conjunción de un cuadro de líderes semejantes, ejemplificados por Nicolás de Cusa, su devoción al método socrático, y su pasión por darle vida a una forma de sociedad congruente con el individuo hecho a imagen viva, cognoscitiva, del Creador, fue lo que posibilitó los logros del Renacimiento. La condición de crisis provocada por la anterior era de tinieblas le dio a ese cuadro la oportunidad de emprender una obra tan magnífica. Así, en los momentos de la mayor crisis para la humanidad, las plegarias pueden recibir esa respuesta; y las plegarias en la forma de “Dios, ayúdame a cumplir con mi

deber", pueden ser decisivas para darle al creyente la voluntad para originar la respuesta a esas oraciones.

2. El principio ecuménico

A condición de que los representantes de la civilización cristiana se deshagan de la corrupción que, en resumen, he identificado hasta aquí, el cristiano evangelizará y debe evangelizar en consecuencia; de otro modo, no es honrado consigo mismo. Si no es honrado consigo mismo en asuntos tales, ¿por qué tendrían otros que confiar en sus buenas intenciones? De este modo, la expresión de una cierta cualidad veraz de pasión socrática, cognoscitiva, no deductiva por lo que cree, a ese respecto, puede no garantizar el éxito de una tentativa de diálogo ecuménico, pero estas cualidades socráticas son indispensables al menos para la mera posibilidad de éxito.

Nada es más abominable en la procura de un diálogo ecuménico que el que los representantes de diferentes credos contaminen la tentativa con cosas como dar el degradante espectáculo de pretender negociar un convenio respecto a sus diferencias desde el punto de ventaja de la mera "sensibilidad para con los sentimientos mutuos". Tal convenio inmoral, que desdeña las cuestiones esenciales de principio moral, fue la causa del fracaso de las negociaciones que se intentaron hace poco en Campo David.

Nada me ofende más a este respecto, y con justicia, que el más degradado moralmente de todos los moralistas, aquel cuyos compromisos expresos no son con la verdad, sino, más bien, con lo concerniente a la sensibilidad hacia los "sentimientos" de otros, y que demanda que el otro haga lo mismo, a cambio. La queja "si dices eso, lastimarás mis sentimientos", no tiene derecho legítimo a forzarme a no decir la verdad como la conozco, y estoy dispuesto a probar que mis puntos de vista sobre el asunto son veraces. Culpar al presidente Arafat, incluso públicamente, por no querer someterse a los términos de un propuesto convenio de ese género, podrá ser la práctica corriente de derecho positivo de los abogados, pero es todavía más inmoral justamente por esa razón.

Si las partes se aproximan con la visión expresa de que no existe la verdad, sino sólo opiniones diferentes, valores diferentes, debemos apartarnos de inmediato de esa conversación. Sin comprometernos a encontrar, *de modo socrático*, una verdad existente, común a todos, nunca podrá haber un acuerdo honrado.

Por ejemplo, hay muchas personas hoy día que nos dicen que piensan que el hombre no es más que otro animal, y que cada clase imaginable de especie inferior tiene los mismos derechos que pueden reclamarse para un ser humano. Incluso algunos partidarios bien conocidos de la candidatura del vicepresidente Al Gore insisten en que Silicon Valley está por desdichar al hombre para suplirlo con una especie superior, "autómatas pensantes", representados lo mismo por los cerebros de silicón como también, presumiblemente, por las tetas de silicón. Hacia tales opiniones moralmente degradadas, ni se necesita ni se permite la tolerancia.

Así, un diálogo entre culturas debe pintar la raya para excluir del temario ciertas clases de creencias completamente locas y obviamente desagradables. Para un diálogo exitoso, debe buscarse la unanimidad sobre algunos principios universales demostrables, principios que sean demostrablemente intrínsecos a la naturaleza de la relación de la humanidad con el universo en el que vive. La naturaleza de estos últimos principios debe haber quedado clara a partir de las partes pertinentes de la discusión de las páginas precedentes de este informe. En lo que debemos estar de acuerdo es en una definición funcional de la naturaleza del hombre, como un ser distinto de las especies vivas inferiores, y del hombre como la única especie conocida capaz de aumentar su poder para existir, per cápita y por kilómetro cuadrado, en el universo.

Como he subrayado, un diálogo concentrado en el objetivo de ese tipo de definición es axiomáticamente socrático en su forma. Por esa razón, la característica funcional de ese diálogo es cognoscitiva, más bien que deductiva o simbólica. No puede ser deductiva, ya que el propósito implícito del diálogo es detectar y erradicar supuestos axiomáticos que nos dividen y que son probadamente falsos.

Expuestas esas observaciones indispensables de principio moral, ¿cuáles debieran ser los objetivos de un diálogo ecuménico entre las culturas, actualmente?

El propósito político de un diálogo ecuménico entre las culturas debe ser centralmente definido como el esfuerzo por alcanzar una definición común del *derecho natural*. La función a ejecutar con la adopción de dicha definición es crear una forma de acuerdo de principio sobre la cuestión de establecer *una comunidad de principio así constituida, entre un grupo de Estados nacionales perfectamente soberanos*.

El punto de acuerdo más esencial a alcanzarse, como un objetivo del diálogo, debe ser el acuerdo sobre tres puntos: a) una idea expresa de un concepto común de la naturaleza del hombre, definición que he vuelto a elaborar en secciones anteriores de este informe; b) la definición de la naturaleza de la perfecta soberanía del Estado nacional soberano; y c) las implicaciones de principio de que ningún gobierno tiene autoridad legítima en el derecho natural, salvo en la medida que esté eficientemente consagrado a promover el bienestar general de su propia población y su posteridad en su conjunto, y a promover el mismo principio en la relación entre Estados soberanos definidos de este modo.

Aparte de esos puntos decisivos de acuerdo necesario, todo lo demás de importancia debe ponerse sobre la mesa, por decirlo así, y hacerlo tan franca, tan rigurosa y tan apasionadamente como sea posible, aun si no se alcanza o no se contempla un acuerdo sobre tales cuestiones en el futuro inmediato previsible. Consintiendo en discrepar, de forma tal, fortalecemos nuestro acuerdo en principio, porque nos hemos entendido el uno al otro, y nuestras pasiones pertinentes, de manera bastante clara. De este modo, el gran Moisés Mendelssohn declaró su adherencia a la herencia mosaica ortodoxa; así debe ser entre los cristianos, judíos, musulmanes y otros hoy día.